
CIENCIA FICCIÓN
PLEITO a un PLANETA
LOUIS G. MILK
314

Pleito a un planeta

LOUIS G. MILK

Pleito a un planeta

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**
Barcelona **Buenos**
Aires

PORTADA: S. FABÁ

Depósito Legal: B. 28.826 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO I

Earl Campo se fijó en la hermosa mujer que estaba en uno de los palcos próximos y encontró en ella varios detalles que suscitaron su interés en distintos grados.

Era muy hermosa. Bien, Campo había conocido y conocía aún a infinidad de mujeres hermosas, si bien era preciso reconocer que aquella poseía algo exótico que la hacía más agradable todavía.

En segundo lugar, usaba traductor simultáneo para enterarse de lo que decían los actores de la comedia que se representaba en el escenario.

Era una obra alegre y desenfadada, chispeante y divertida, de frases rápidas e ingeniosas y que no pecaba de gazmoña ciertamente, aunque no caía nunca en la chabacanería o incluso en algo peor. El autor había sabido escribirla bien y ello explicaba el éxito que tenía la obra desde el día del estreno, hacía unos cuantos meses.

El detalle del traductor simultáneo no le extrañó tampoco demasiado; no era el único aparato similar que estaba funcionando en aquellos momentos en el teatro.

El detalle que más chocó a Campo fue la extraña indumentaria que vestía la joven. Por lo menos, la mitad superior.

Tratábase de una especie de peto de oro, cubierto por entero de piedras preciosas, algunas como huevos de gallina. Era una especie de coraza corta, que dejaba los brazos enteramente libres y terminaba a diez centímetros por debajo de los senos. Aunque no fuese de oro ni las piedras preciosas legítimas, el trabajo, el exótico diseño y el arte con que estaba hecho convertían el peto en una obra de incalculable valor.

Digna, por supuesto, de la persona que lo llevaba.

—Pero si son auténtico oro y auténticas piedras preciosas, entonces está loca al exhibirlo en público. Corre peligro de que le rebanen su hermoso pescuezo para quitarle la joya.

Campo rectificó en parte su pesimista impresión. Detrás de la joven, en la penumbra del palco, divisó a dos hercúleos sujetos, con todo el aspecto de ser sus guardaespaldas.

—Bueno, si va protegida, no le pasará nada.

Y luego se despreocupó de la joven desconocida, para concentrarse nada más que en la obra, en una de las actrices, hacia la cual se sentía Campo un tanto inclinado.

La función terminó con las ovaciones de rigor. Campo se puso en pie

para trasladarse al camerino de su amiga, a fin de arrancarle una cita. Maquinalmente, se arregló el lazo negro de su traje de etiqueta.

En realidad, era un traje de etiqueta muy simplificado: camisa blanca, con botones de perlas y gemelos de oro, pantalón corto negro, con pernera lateral de seda del mismo color y calcetines y zapatos también negros. Sólo que Campo, un tanto dado a la fantasía, le había dado su toque personal, poniéndose una estrecha faja roja en torno a la cintura.

Estuvo cosa de un cuarto de hora en el camerino y salió bastante decepcionado,

—Quizá me había hecho excesivas ilusiones —pensó—. Lo más que he conseguido es una llamada telefónica para mañana, a las dos de la tarde.

Se encogió de hombros. Acabaría enviándola al diablo, Podía ser buena actriz, pero como mujer resultaba demasiado orgullosa.

Salió a la calle. La circulación había disminuido casi por completo. Hacía un buen tiempo y Campo sintió deseos de estirar las piernas un poco, en lugar de usar una de las aceras deslizantes que le llevarían a la puerta de su casa.

De pronto, al pasar por una calle lateral, estrecha y menos iluminada, oyó unos gritos sofocados.

Campo volvió la cabeza. Sonaron tacones femeninos.

Una mujer corría hacia él.

—Por favor...

Ella se movía con paso inseguro. Además, lo hacía con las manos sobre el pecho.

Campo corrió a su encuentro.

—¿Está herida, señora? —preguntó.

De repente, reconoció a la hermosa forastera del peto de oro y piedras preciosas.

Ella movió la cabeza.

—No... Me han robado el peto... Ayúdeme, por favor,..

Campo se quedó con la boca abierta al comprender el significado de las dos manos femeninas que cubrían el pecho. La joven había quedado desnuda de la cintura para arriba. El resto de su indumentaria consistía en unos largos y amplios pantalones de tejido muy transparente.

—La han robado —repitió.

—Sí, atacaron a mis acompañantes… Les narcotizaron, creo... Eran dos ladrones... Luego me sujetaron a mí y me quitaron el peto...

—Pero ¿es que no llevaba nada debajo, señora?

Ella meneó la cabeza.

—Sólo llevaba el peto... y era de oro y piedras preciosas, todo legítimo —contestó.

Campo reaccionó. Se soltó el lazo negro, que tiró a un lado, y luego se

quitó la camisa, que entregó a la joven.

—Póngasela, señora —indicó.

—Mil gracias, es usted muy amable.

Campo se volvió de espaldas. A los pocos segundos, ella le llamó:

—Ya estoy dispuesta. ¿Quiere acompañarme a algún sitio donde pueda denunciar el hecho? Me llamo Vessa Pránor.

—Soy Earl Campo, abogado, señora Pránor —se presentó él. Campo se había quedado en camiseta—. Venga conmigo, por favor.

Vessa se emparejó con él.

—No sé cómo pudieron asaltarnos...

—Yo sí lo sé, señora Pránor.

—Señorita —corrigió ella.

—Bueno, señorita. Si ese peto era auténtico, valía una fortuna.

—En moneda galáctica, cincuenta y tantos millones, sin contar la antigüedad ni el valor artístico.

—No está mal. Lo raro sería que no la hubiesen asaltado. Llevar ese peto puesto en público era una invitación al robo.

—Yo creí que en la Tierra se habían abandonado tan feas costumbres —dijo Vessa.

De pronto, Campo recordó un detalle.

—Oiga, usted habla muy bien nuestro idioma. ¿Por qué usaba traductor simultáneo en el teatro?

—Bueno, hay algunos matices del idioma que me convenía captar, para enterarme así mejor de la obra —explicó Vessa—. ¿Ha dicho antes que es abogado?

—En efecto, señorita Pránor.

Vessa calló, como si se sintiese preocupada por algo. Cortés, Campo prefirió no hacerle más preguntas.

Se despidieron una hora más tarde, en la puerta de la comisaría. Los guardaespaldas habían sido hallados sin novedad y ya habían recobrado el conocimiento.

Vessa le tendió la mano al despedirse.

—Me hospedo en el «Starpol» —dijo.

A la mañana siguiente, Campo hizo una llamada telefónica a un conocido suyo y le explicó lo que había sucedido la víspera.

Roy, «El Anguila», le escuchó atentamente. Cuando Campo hubo terminado, dijo:

—Lo haré como un favor personal, Earl. Pero, ¿qué esperas conseguir de este asunto?

—Verla de nuevo. ¿Te parece poco?

—¡Hum, estos idealistas! —refunfuñó «El Anguila»—. Bueno, haré lo que pueda.

Cuarenta y ocho horas más tarde, Campo recibió en su despacho privado la visita de «El Anguila», quien era portador de un saco de tela bastante pesado al parecer,

—Aquí lo traigo, Earl —dijo.

«El Anguila» sacó el peto y lo puso sobre la mesa. En los costados, el peto tenía unas bisagras hábilmente construidas y apenas visibles, que permitían el giro de las dos mitades de la espalda, a fin de permitir su colocación sobre el torso femenino.

Campo admiró la maravilla artística que era aquella joya, digna de una reina de un país de fantasía. «El Anguila», malicioso, pasó el índice por una de las semiesferas de la parte anterior.

—Buenas medidas, ¿eh?

Campo sonrió.

—¿Te ha costado mucho, Roy?

—¡Pst! Los actuales dueños de la joya estaban un poco embarazados. Les «quemaba», ¿sabes?

—Sí, te comprendo. Demasiado valiosa para venderla sin dejar un rastro tan grande como un elefante en un trigal,

—Exactamente. Aceptaron dinero a cambio, Earl.

—¿Cuánto?

—Cien mil cada uno.

Sin pestañear, Campo escribió un cheque y se lo entregó a su interlocutor. Luego preguntó:

—¿Cuál es tu comisión, Roy?

«El Anguila» sacó una navaja y desencajó una esmeralda situada en un lugar poco visible.

—Esto —dijo, haciendo saltar la piedra en la palma de la mano—. Supongo que ella podrá reponer la esmeralda. Es fácil, ¿sabes?

Campo se resignó. Confiaba en que Vessa no protestaría demasiado.

—Muy bien, Roy, de acuerdo. Y gracias por todo.

«El Anguila» se encaminó hacia la puerta.

—A ver cuándo me das otro trabajito parecido —dijo por encima del hombro, en el momento de abandonar el despacho.

Campo se quedó solo, contemplando el peto. Se preguntó qué impulso le había llevado a recuperar la joya.

Suspiró.

—Los ojos de Vessa —se dijo.

Luego fue a su casa y se vistió adecuadamente para ir al «Starpol». Llegó al hotel y se llevó la gran decepción.

Vessa Pránor había abandonado la Tierra el día anterior.

CAPÍTULO II

Había transcurrido casi un año.

Szawoo estaba muy lejos. Szawoo era el planeta donde residía Vessa Pránor.

Campo haría un viaje algún día para devolver el peto. Ya lo había comunicado a su dueña, y ella, sin embargo, aún no le había dado la menor respuesta.

Su trabajo era absorbente y le impedía salir de la tierra por el momento. Sí, algún día iría a Szawoo... pero cerciorándose primero de que Vessa continuaba allí. Resultaría poco agradable recorrer casi dos mil años luz para encontrarse luego con que Vessa ya no estaba en su planeta.

Aquella noche tuvo que quedarse en su despacho más tiempo del acostumbrado, a fin de preparar un informe que debía presentar al día siguiente en un juicio civil. Se hizo traer la cena de un restaurante próximo y después de reponer fuerzas, continuó su trabajo.

Dio por terminada la tarea cerca de las doce de la noche. Tenía la cabeza cargada y decidió dar un paseo para despejarse, antes de acostarse.

Salió a la calle. La ciudad dormía.

Caminó cosa de quinientos metros. De pronto, una joven apareció en una esquina próxima y se dirigió hacia él.

—¿Abogado Campo?

Él contempló a la joven con no poco asombro. Era una muchacha fornida, vestida con una especie de mono corto de pieles, que dejaba el hombro derecho al descubierto. Brazos y piernas aparecían igualmente sin cubrir.

A pesar de su robustez física, era bastante guapa. La indumentaria de pieles, sin embargo, chocó no poco a Campo, pese a que estaba acostumbrado a ver vestir a la gente de muchas maneras.

—Sí, yo soy —admitió finalmente.

La chica se volvió y lanzó un prolongado silbido. Casi en el acto, aparecieron cuatro o cinco más, todas ellas vestidas de la misma forma.

—Ahí lo tenemos —dijo la que le había interpelado.

El asombro de Campo fue tremendo. ¿De dónde habían salido aquellas muchachas, que parecían amazonas de un país legendario?

Antes de que pudiera hacer o decir algo, las mujeres se arrojaron sobre él y, agarrándolo por brazos y piernas, lo levantaron en vilo.

—¡Eh! —gritó Campo—. Pero ¿qué diablos les pasa? ¿Se han vuelto locas?

Ellas no le hicieron caso, y echaron a correr, llevando al joven suspendido a dos metros por encima del suelo, sosteniéndolo con sus manos en alto.

Campo quiso resistirse, pero todo fue inútil. Aquellas muchachas poseían una fuerza descomunal. Además, el número le vencía.

Ellas corrieron desaforadamente, como si no llevasen nada. Campo creía soñar.

Delante de la extraña comitiva iba la primera de las chicas que la había parado, guiando a las demás. Así recorrieron tres kilómetros, calculó el prisionero, sin aflojar un solo instante el ritmo de su marcha.

De pronto, entraron en un jardín. La que parecía ser jefe del grupo abrió una puerta y las demás entraron en la casa con su presa.

—¡Yautu, ya hemos llegado! —gritó la jefe.

—¡Está bien, Maora! —sonó una voz de trueno en el interior del edificio—. ¡Ahora mismo salgo!

Campo pudo ponerse en pie, pero dos manos, con dedos de hierro, asieron sus muñecas. Las chicas jadeaban y estaban sudorosas, pero daban la sensación de poder iniciar de nuevo otra carrera similar.

Se oyeron pasos que se acercaban a la sala. Un hombre hizo su aparición en la estancia.

—¡Bravo, Maora! —exclamó el recién llegado—. Bravo, chicas; habéis hecho una buena labor,

—Es el abogado Campo, Yautu —dijo Maora, echándose hacia atrás un mechón de pelo—. Estaba trabajando en su despacho y no me pareció bien sorprenderlo allí.

—Perfectamente. Maora. Y ahora, por favor, dejadme solo con el abogado. Pero no os marchéis muy lejos.

—Lo que tú digas, Yautu.

Las chicas se marcharon, dejándolos solos. Campo miraba fijamente al individuo llamado Yautu, cuyo aspecto resultaba impresionante.

* * *

Era un hombre que rebasaba los dos metros, de hombros anchísimos y más de cien kilos de peso, con una enorme pelambrera de color rojo oscuro, revuelta y de pelos muy ásperos. Vestía como las chicas, si bien en el brazo izquierdo llevaba un aro de metal brillante, con algunas piedras preciosas sin pulir.

Extrañamente, tenía la cara rasurada y no resultaba del todo desagradable, pese a la sensación de colosal potencia física que se desprendía de su figura. Parecía un hombre de las cavernas, de acuerdo con los dibujos clásicos, si bien se advertía en él a una persona civilizada, no

obstante su selvático atuendo.

—Yo soy Yautu-Jri-Sharv —dijo tras unos segundos de silencio—. La segunda parte de mi nombre no es apellido, sino apodo. En tu idioma se diría «El Lobo».

—Yautu «El Lobo» —dijo Campo.

—Así es, y ahora que ya nos conocemos, hablemos, abogado.

A Campo le parecía soñar. El, un hombre culto y refinado, frente a frente de un sujeto que parecía arrancado a la Edad de Piedra.

—¿De qué hemos de hablar, Yautu?

El gigante sonrió. Entonces Campo aprecio que tenía los colmillos superiores muy largos y afilados, aunque sin llegar a salir fuera de la boca.

«Un verdadero lobo», pensó.

—Mañana recibirás una visita —dijo Yautu—. Te harán una propuesta. No la aceptes. Eso es todo.

Campo arqueó las cejas.

—¿Quién me va a visitar y qué me va a proponer? —preguntó.

—Ya lo sabrás. Prefiero dejarte en la incertidumbre. O en el «suspense», como quieras. Lo único que tengo que decirte, insisto, es que te niegues a la proposición que te van a hacer.

—¿Puedes, al menos, decirme los motivos por los cuales me prohíbes acepte esa propuesta que no me ha sido formulada todavía?

Yautu sonrió.

—Porque lo mando yo —contestó, tajante.

—¿Mandas en mí, Yautu?

—En este asunto, sí.

—Sospecho que no eres terrestre, Yautu —dijo Campo.

—Has acertado. Soy de Jubou.

—¿Dónde está ese planeta?

—Pertenece a la Liga de los Siete Sistemas. Supongo que habrás oído hablar de ella.

—Vagamente —admitió Campo—. Pero, de un modo honrado, tengo que decirte que si la proposición que me van a formular, y que supongo relacionada con mi profesión, me conviene, la aceptaré.

—Entonces, lo lamentaré por tí, abogado.

—¿Me matarás?

Los ojos de Yautu chispearon.

—Lo sentiría mucho, pero te borraría de la lista de los vivos —contestó.

—Yautu, siento decirte que no te temo en absoluto —contestó Campo, impasible.

Yautu paseó la vista por la estancia. De pronto, descolgó un cuadro de pequeñas dimensiones y lo tiró al suelo.

La estampa del cuadro estaba protegida por un cristal, que se rompió. Yautu tomó un par de fragmentos de vidrio, se los puso en la mano izquierda y luego, juntándola con la derecha, hizo unos rápidos movimientos.

Se oyeron unos pequeños crujidos. Después, Yautu le enseñó lo que había en la palma de la mano derecha.

Los trozos de cristal estaban casi pulverizados. En las palmas de Yautu no se advertía una sola gota de sangre.

—Soy muy fuerte —dijo Yautu, satisfecho.

Campo respiró con fuerza.

—Sigues sin convencerme —dijo —. La fuerza física no lo es todo. Por ejemplo, en una lucha cuerpo a cuerpo yo podría derrotarte fácilmente.

Yautu respingó.

—¡Nadie me ha vencido jamás en una lucha cuerpo a cuerpo! —declaró orgullosamente.

—Porque no te has enfrentado conmigo.

Yautu miró al terrestre con asombro. Luego, de pronto, avanzó hacia él.

La mano izquierda de Campo avanzó relampagueante hacia el estómago de «El Lobo». Yautu quiso esquivar, pero entonces, cuatro dedos, rectos, duros como el acero, le golpearon en la faringe.

Yautu gorgoteó, mientras daba unos traspiés, sin aire en sus pulmones. Campo apuntó ahora a los ojos y le metió en ellos el índice y medio de la mano derecha.

Yautu quedó cegado momentáneamente. Rugía con voz de trueno.

Campo alargó la mano izquierda y le agarró por la espesa pelambrera, tirando hacia sí con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, levantó el codo derecho.

La nariz de Yautu recibió un durísimo impacto. «El Lobo» se tambaleó.

Campo remató su tarea con sendos golpes, simultáneos, de los filos de sus manos a ambos lados del cuello de su adversario, bajo las orejas. Fueron dos golpes feroces, salvajes, que dieron a Yautu la sensación de que le cortaban la cabeza.

Sin aliento, Yautu se desplomó sobre un sillón, bramando de ira por la derrota sufrida, más en su ánimo que en su cuerpo.

Maora y las otras salieron al escuchar el ruido y se quedaron pasmadas al ver a Yautu poco menos que sin conocimiento.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Maora.

—Sí —contestó Campo sin pestañear,

—¡Lo ha derrotado! —dijo una de las chicas.

Maora saltó de repente sobre Campo, a la vez que emitía un terrible aullido. Campo le dejó llegar hasta él y, en el último instante, la agarró por el pelo, dando un salvaje tirón, que lanzó a la joven a fondo de la estancia.

Maora quedó tendida, casi sin conocimiento. Las otras chicas no se atrevían a intervenir.

Había un jarrón con flores en la estancia. Campo tiró las flores y volcó el agua del jarrón sobre la cabeza de Yautu.

«El Lobo» lanzó un aullido y se puso en pie de un salto. Campo le dio un puñetazo en la ya dolorida nariz y lo tumbó de nuevo sobre el sillón.

—Recibiré a mi visitante y aceptaré o no su propuesta, según me convenga —afirmó mientras se dirigía hacia la puerta.

Maora se puso en pie. Súbitamente, introdujo la mano bajo su vestido de pieles y sacó un largo cuchillo.

—¡No! —gritó Yautu con un rugido—. Ese no es procedimiento que se pueda emplear impunemente en la Tierra.

—Celebro que lo sepas ver así —sonrió Campo—. Por si no lo sabías, te diré que no estoy acostumbrado a imposiciones reñidas con la ética.

—Te costará caro —amenazó Yautu—. Más caro de lo que crees.

Campo frunció el ceño.

—Yautu, no me amenaces —contestó—. Además de que es inútil, a quien podría salirle caro es a ti y no sólo por procedimientos legales, sino por otros de los que no tienes la menor idea. No eres terrestre y, por tanto, aunque no lo creas, nos desconoces. Trata de atacarme y recibirás una respuesta, que hará que lo lamentes durante el resto de tus días.

CAPÍTULO III

Earl Campo durmió mal aquella noche.

No sólo el encuentro con Yautu y sus salvajes amazonas, sino la visita anunciada, fueron factores que se conjugaron para hacerle pasar una noche de perros. Al fin, cerca del amanecer, se durmió.

Se levantó torpe y enervado. Una prolongada ducha de agua fría y dos tazas de café le entonaron bastante.

Luego acudió a su despacho.

Tenía algunos asuntos pendientes, aunque no de demasiada importancia. Hacía algún tiempo que había pensado en tomarse unas vacaciones y por ello tenía sus carpetas bastante aligeradas. Había traspasado a algunos colegas los asuntos más enrevesados que le habían propuesto y los que le quedaban eran prácticamente de rutina.

Despachó un par de asuntos, con la ayuda inapreciable de su robot-pasante, una máquina con aspecto humano especialmente educada para el trabajo de abogacía. El robot desempañaba también el papel de secretario.

Era discreto y eficiente. De acuerdo con la costumbre. Campo le había dado un nombre, basado en las letras de su matrícula. Ésta era JM-6612-L-50. Campo, simplemente, le llamaba Jim.

A media mañana, Jim entró en el despacho.

—Tiene visita, señor —informó.

—¿Quién es, Jim? —preguntó el abogado.

—Dos humanos, sexo masculino. Forasteros, señor.

—¿Te han dado el nombre?

Jim le entregó una tarjeta. Campo leyó:

TEFV STYGOR
Secretario confidencial de I.D.V.P.
Szawoo
4. P., 7. S.

—No entiendo las letras que siguen a «secretario confidencial» —manifestó Jim—, pero las últimas significan «Cuarto Planeta, Séptimo Sistema».

El nombre de Szawoo trajo a la memoria de Campo algo que ya creía olvidado.

Una hermosa mujer, unos ladrones, una valiosa joya...

Y el secuestro de la víspera, a cargo de Yautu y sus aguerridas amazonas.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Hazlos pasar, Jim —accedió finalmente.

—Sí, señor.

Momentos después, entraban dos hombres en el despacho. Campo se puso en pie.

—Es un placer caballeros —dijo —. Soy el abogado Campo.

—Yo soy Stygor —se presentó uno de los forasteros—. Mi ayudante, Durk Avner.

Avner hizo una ligera inclinación de cabeza, a la que Campo correspondió con otra análoga. Luego extendió la mano.

—Siéntense, caballeros —invitó.

Los forasteros tomaron asiento en sendos sillones, situados frente a la mesa. Campo les ofreció tabaco, pero Stygor y su ayudante lo rechazaron con toda cortesía.

—Señor Campo —dijo Stygor, tras los primeros preámbulos—, hemos venido directamente desde Szawoo para contratar sus servicios en un determinado caso legal, que expondré a continuación. Cierta persona ha sido demandada en un juicio por propiedad indebida y deseamos defienda usted sus derechos, cosa que hasta ahora nadie había dudado. Obvio es decirle que abonaremos sin regatear la minuta que usted nos presente y que todos los gastos, tanto de viaje como de alojamiento, correrán por cuenta de su cliente. Caso de que acepte representarlo en el aludido juicio, naturalmente.

Campo se quedó parado un instante.

—¿Ha dicho juicio por propiedad indebida? —preguntó.

—Exactamente. Mejor dicho, ésa es la tesis del demandante. En cuanto a la persona demandada, no tiene la menor duda acerca de sus derechos a la propiedad que es objeto de injustificado y malévolo litigio.

—Que yo sepa, caso de que aceptase, sería la primera vez que un abogado terrestre actuase en el foro de Szawoo —dijo Campo—. Habrá allí un colegio profesional.

—Ciertamente.

—Usted podrá inscribirse en la Coalición de Abogados de la Liga de los Siete Sistemas sin el menor inconveniente —habló Avner por primera vez.

—Lo cual allanará todos los obstáculos que pudieran plantearse al respecto, porque tal inscripción será completamente legal —añadió Stygor.

—Debe de ser un caso muy peculiar, cuando recurren a mí —opinó Campo—. ¿Es que no confían en los abogados de su planeta?

—Preferimos que sea usted —respondió Stygor, sin dar más

explicaciones.

Campo se encogió de hombros.

—Esa respuesta disipa buena parte de mis escrúpulos —manifestó,

—Repito que la cuestión honorarios no supondrá problema alguno —dijo Stygor significativamente—. Su minuta será aceptada sin discusión.

—Puedo perder el pleito.

—No lo creemos, pero, aun en el peor de los casos, si usted lo desea, puede cobrar por anticipado.

—Está bien —dijo Campo—. Szawoo se halla a gran distancia de la Tierra. Supongo que la propiedad en litigio justifica un desplazamiento tan largo, no sólo de ustedes, sino el mío propio.

—Así es, abogado —confirmó Stygor—. La propiedad es tan valiosa como lo pueda ser un planeta habitado, con todo cuanto hay y existe sobre su superficie.

Campo se quedó con la boca abierta.

—¿Quieren decirme... que Szawoo es propiedad de una sola persona? —exclamó.

Stygor hizo un signo de aquiescencia.

—Concretamente, de la Ilustre Dama Vessa Pránor —respondió,

* * *

La boca de Campo se abrió más todavía.

Miró a sus visitantes. Leyó la tarjeta de nuevo.

Ahora comprendía el significado de aquellas cuatro letras que seguían a «secretario confidencial».

—¿Quién lo hubiera pensado? —murmuró.

—Lady Vessa —dijo Stygor— guarda muy buen recuerdo de usted. Sobre todo de cierto incidente en el que usted tuvo una actuación muy destacada en su favor. Lady Vessa —añadió—, confía en que usted haya sabido disculparla por su repentina marcha de la Tierra.

—Guardo aún el peto que le robaron —dijo.

—Lady Vessa tendrá sumo placer en recibirlo de sus manos abogado, —manifestó Avner.

—Ella tiene la joya en gran aprecio. Es herencia de familia —agregó Stygor.

—Y ha sido ella quien me ha elegido...

—Lady Vessa estima que es usted el hombre más apropiado para defender sus intereses.

—Pero yo no conozco nada de las leyes de Szawoo... Ni siquiera sé quién es el demandante. ¿Algún habitante del propio planeta?

—¡Oh, no! —respondió Stygor—. Pertenece a otro planeta del Séptimo

sistema, llamado Jubou. El nombre del demandante es Yautu...

—«¡El Lobo!» —exclamó Campo sin poder contenerse.

Stygor y su ayudante mostraron asombro.

—¿Lo conoce usted? —preguntó Avner.

Campo sonrió.

—Ayer tuve el honor de conocerlo en persona —respondió—. Yautu fue quien me informó de la visita de ustedes, aunque no me indicó nombres.

Stygor y Avner cambiaron una mirada, muy preocupados.

—Ha habido «filtraciones» —dijo el segundo.

—Sí —concordó Stygor.

—¿Quiere decir que el viaje de ustedes era secreto? —preguntó Campo.

—Hasta este momento, debería serlo.

—De todas formas, no tiene importancia. Yautu me amenazó, es cierto, pero ni me conoce bien, ni sabe que yo soy hombre que no hace caso de amenazas, Acepto el caso, caballeros —declaró Campo.

Stygor y Avner se sintieron muy aliviados.

—Gracias, abogado —dijo el primero—. Le aseguro que Lady Vessa no será parca en recompensarle.

—Pero hay un pequeño obstáculo: los detalles del pleito.

—Oh, los irá conociendo durante el viaje —contestó Stygor—. Partiremos dentro de tres días, en la propia astronave de lady Vessa.

Campo se estremeció.

—Son dos mil años luz —dijo.

Avner sonrió.

—Menos de dos semanas de viaje —contestó.

—Está bien, creo que podré soportarlo. ¿Puedo hacerles una pregunta, caballeros? —solicitó Campo.

—Por supuesto —accedió Stygor.

—Parece que el asunto no se presenta muy favorable para el demandante, a juzgar por la conversación que sostuve ayer con Yautu, ¿prevén ustedes acciones de otro carácter aparte de las verbales?

—No lo creemos, pero...

Stygor dejó flotar la duda en el aire, «Habrá jaleo», pensó Campo de inmediato.

—Otra pregunta más. ¿Tiene Yautu algún derecho sobre Szawoo?

—Teóricamente, no; pero el Tribunal Superior de los Siete Sistemas ha aceptado su demanda, señor Campo.

—¿Es ese tribunal el que ha de fallar el pleito?

—Sí. Tratándose de la propiedad de un planeta, sólo el T.S.S.S. puede emitir una sentencia, que es definitiva e inapelable.

—Sí sólo se tratase de la propiedad de algún continente o de la mitad

del planeta, por ejemplo, el tribunal competente sería el Superior del Séptimo Sistema, pero la cosa varía al ser discutida la propiedad del planeta entero —añadió Avner.

—Comprendo —dijo Campo—. Caballeros, no se hable más. Tendré el honor de representar a lady Vessa Pránor ante el Tribunal Superior de los Siete Sistemas.

Stygor se puso en pie y dejó un rectángulo de papel metalizado sobre la mesa.

—Un anticipo a cuenta de sus honorarios —dijo.

Cuando los visitantes se hubieron ido, Campo leyó el cheque, extendido contra un conocido Banco Interestelar.

Se quedó sin aliento.

—¡Dos millones de «garants»!

CAPÍTULO IV

Jim entró silenciosamente en el despacho.

—Un bonito caso, señor —dijo.

Campo levantó las cejas.

—¿Lo has oído? —preguntó.

El robot sonrió como un humano.

—Tengo unos circuitos auditivos muy sensibles, señor —contestó—. ¿Me permite un ruego?

—Por supuesto, Jim.

—Si usted no tiene inconveniente, iré a la Biblioteca Central Robótica a documentarme sobre leyes de la Liga de Los Siete Sistemas. Creo que nos resultará muy útil en el momento del juicio.

—Buena idea, Jim —aprobó el abogado—. Realmente, va a ser una experiencia muy notable.

—Opino lo mismo, señor. Con su permiso...

—Espera un momento, Jim.

El robot se quedó inmóvil, mirando a su dueño. Tras una ligera pausa, Campo dijo:

—Jim, ¿es posible que una persona pueda poseer un planeta, con todo cuanto hay y existe sobre su superficie?

—Al parecer, así es, señor.

—Eso significa que lady Vessa es dueña también de los seres vivos.

—Sí, señor.

—Incluso de los seres inteligentes.

—Sí, señor.

—Pero eso significa... ¡esclavitud!

Jim calló.

Campo sabía por qué su robot no decía nada. Simplemente, Jim no tenía grabado en sus circuitos nada relativo a la posesión de seres inteligentes por parte de otros en mundos distintos a la Tierra.

—Está bien, márchate. Nos veremos mañana —dijo al cabo.

—Sí, señor.

A la hora del almuerzo. Campo bajó a un restaurante cercano, servido por robots. Eligió una bandeja con un par de platos y buscó una mesa.

Cuando estaba terminando de almorzar, se le acercó un individuo,

—¿Es usted el abogado Campo? —preguntó.

Campo levantó la vista. El hombre que tenía frente a él era bajo, de hombros muy anchos y sumamente robusto. Tenía unos ojos diminutos,

movedizos y el dorso de sus manos aparecía cubierto de vello.

—Así me llamo, en efecto —respondió el abogado—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Igor Korbzan —dijo el sujeto—. Quiero darle un consejo, señor Campo. No vaya a Szawoo. Mejor dicho, rechace el ofrecimiento que le han hecho o...

Las manos de Korbzan agarraron un tenedor y lo convirtieron en una bola de metal. Mientras lo hacía, Korbzan sonreía de un modo simiesco.

Campo permaneció impasible. Se limpió los labios, dejó unas monedas sobre la mesa y se puso en pie.

—Señor Korbzan, ¿por qué no viene a mi despacho dentro de diez minutos? Le aseguro que allí hablaremos con más tranquilidad —dijo.

—No le diré más que lo que ya...

—Por favor, en mi despacho dentro de diez minutos —insistió el joven.

Korbzan fue puntual.

Apenas entró, Campo le tendió una varilla cilíndrica de metal de un metro de largo y un centímetro de grosor.

—Hágame otra vez la misma demostración —pidió amablemente.

—Con mucho gusto.

Korbzan cayó en la trampa. Con las dos manos ocupadas, no pudo repeler el ataque del joven.

Diez segundos después, Korbzan yacía sin sentido en el suelo. Cuando se despertó, vio que tenía las manos atadas a la espalda.

—¡Suélteme! —bramó.

Campo sonreía.

—Yo también sé hacer cosas con las varillas de hierro —dijo, enseñándole una análoga a la primera. Sentóse a caballo sobre él, vuelto hacia los pies, y dobló la varilla, haciendo un lazo con ella una vez ligados los tobillos. Una varilla semejante ataba las muñecas del gorila.

Luego le dio la vuelta con un pie.

—Usted y su amigo Yautu han empleado un mal procedimiento —dijo.

Korbzan bramaba como un poseso. Sin hacerle caso, Campo se dirigió hacia la puerta.

Tenía que hacer una visita.

—El caso se está poniendo cada vez más interesante —dijo,

* * *

Había una «loba» patrullando el jardín de la residencia de Yautu. La joven amazona no supo nada del peligro que la acechaba, hasta que oyó ruido a sus espaldas.

Era ya demasiado tarde. Un brazo de acero ciñó su garganta.

La «loba» pataleó y forcejeó, pero todo fue en vano. Un minuto

después, yacía sin sentido detrás de un macizo de flores.

Cautelosamente, sin hacer el menor ruido, Campo se acercó a la casa. Había luces en la planta baja.

Yautu tenía en la mano una copa con capacidad para un litro. Maora estaba lánguidamente sentada en un diván, contemplando un programa de televisión.

Campo se agachó. La ventana estaba abierta, debido a la excelente temperatura que reinaba.

Tanteó con la mano hasta encontrar una piedra. Tomó puntería y la lanzó con todas sus fuerzas.

El televisor explotó como una bomba. Maora chilló. A Yautu se le cayó la copa del susto.

El gigante corrió hacia la ventana, Maora rehecha, le siguió en el acto.

—¿Quién diablos...? —masculló Yautu, furioso—, ¿Es que esa tonta no ha visto nada?

—Saldré a investigar —dijo Maora.

Corrió hacia una mesa y tomó una pistola-látigo. Luego se dirigió hacia la puerta y abrió, lanzándose afuera con tremendo ímpetu.

Una pierna se atravesó venenosamente en su camino. Maora cayó, emitiendo un agudo chillido.

La pistola se escapó de su mano. Ágil, no obstante, se levantó de un salto, justo para recibir en plena mandíbula el impacto de un puño.

Maora se derrumbó fulminada. Campo entró en la casa,

—Hola, Yautu —dijo.

El gigante le dirigió una mirada de resentimiento.

—Tú —dijo.

Campo sonrió.

—En efecto, yo mismo. —Levantó la mano armada—. ¿Quieres recibir una docena de azotes?

—Aparta ese trasto —rezongó Yautu—. ¿A qué has venido?

—He recibido la visita de un amigo tuyo.

—Lo siento, pero yo no he enviado a nadie a verte —contestó Yautu.

—Se llama Korbzan.

Las espejas cejas de Yautu se levantaron en un gesto de perplejidad.

—¿Korbzan? No le he visto, ni le conozco.

Campo se desconcertó.

—Pareces sincero...

—En este caso, lo soy —afirmó Yautu—. ¿Por qué vienes a hablarme de ese Korbzan?

—Mencionó un asunto del cual tú no quisiste hablar anoche —dijo Campo—. El pleito sobre Szawoo.

—Ah, ya has recibido la visita,

—Sí; y para tu conocimiento, te diré que he aceptado la defensa de lady Vessa Pránor.

—Perderás el caso —vaticinó Yautu.

—Todavía no ha empezado el juicio. Yautu, seamos francos. ¿Tienes derecho a la propiedad de Szawoo?

El gigante sonrió burlonamente.

—¿Por qué no aguardas al juicio? —replicó.

—Es una buena respuesta —admitió Campo—. Nos veremos en el tribunal.

—Allí estaré... si llegas al Tribunal,

—No serás tú quien me lo impida, Yautu.

Campo dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia su interlocutor.

—Yautu, ¿qué hay en Szawoo que te hace pleitear por su propiedad? ¿Es que tú no tienes un planeta propio? ¿Tan pobre es Jubeu?

Yautu acusó aquellas preguntas.

Campo sonrió.

—Me parece que empiezo a ver claro en un par de puntos —dijo.

Cuando salía, se tropezó con Maora, que se levantaba en aquel momento, con cara de no saber muy bien lo que había pasado.

Campo atacó de nuevo, aunque en esta ocasión de una forma muy distinta: abrazó a la joven y la besó larga y cálidamente.

Al separarse de ella, Maora suspiró y cayó de nuevo cuan larga era.

Campo se echó a reír.

—Parece que mis besos hacen más daño que mis puños —comentó.

Volvió la cabeza.

En el umbral de la puerta, Yautu le miraba entre perplejo y asombrado. Campo hizo un alegre gesto con la mano y siguió andando.

* * *

—He recopilado muchos datos sobre las leyes de La Liga de los Siete Sistemas, señor —dijo Jim, cuarenta y ocho horas más tarde.

—Interesante —manifestó Campo—. ¿Tiene alguna base la reclamación de Yautu?

—Puede tenerla si el demandado no presenta pruebas concluyentes de su propiedad,

—¿Qué clase de pruebas, Jim?

—Derecho de herencia, en primer lugar.

—Es de suponer que lady Vessa recibiese la propiedad de Szawoo como heredera legítima del anterior propietario, su padre, supongo.

—Así debió de ser —contestó el robot—. Pero aun teniendo el carácter

de heredera legítima, su propiedad puede serle discutida si no presenta copia legalizada del acta de ocupación y posesión del planeta, por ella misma o por el propietario a quien ella haya heredado. En defecto de la copia, el original es, naturalmente, válido de forma legal.

—Entiendo. Eso me hace suponer que quizá Yautu especula con la falta de la copia legalizada del acta de ocupación y posesión de Szawoo.

—Es muy probable, señor.

—Pero habrá alguna parte donde se archiven tales documentos, ¿no?

—En efecto. El archivo está en la sede del T.S.S.S.

—Muy bien, investigaremos cuando lleguemos allí. Ahora, ¿puedes responderme a una pregunta, Jim?

—Usted dirá, señor.

—¿Qué sucedería si no se encontrasen ni el original ni la copia? ¿Pasaría Szawoo a poder de Yautu?

—Oh, no, señor, a menos que lady Vessa cediese graciosamente sus derechos. Pero si no es así, el actual propietario de Szawoo o la persona que alega serlo, deberá pelear por la posesión del planeta con el demandante. El propietario o su representante legal, según acuerden ambos. Así lo dice la ley de la Liga de los Siete Sistemas, señor —concluyó Jim.

CAPÍTULO V

Antes de partir para Szawoo, Campo creyó oportuno solicitar una aclaración.

—Me parece que me he metido en un buen jaleo —dijo a media voz, muy disgustado, mientras llamaba a la puerta del departamento que Stygor y Avner habían tomado en el «Starpol».

La puerta se abrió casi de inmediato. Un hombre alto y delgado, de nariz aguileña y ojos penetrantes, miró al joven.

—Creo que me he equivocado —dijo Campo.

—No, no se ha equivocado —sonó la voz de Stygor en el interior—. Pase, se lo ruego; el señor Seyus ya se iba.

Campo se apartó a un lado para que el llamado Seyus pudiera salir. Le miró al pasar junto a él y le pareció ver una sonrisa indefinible en su rostro afilado y un tanto zorruno,

Stygor salió a su encuentro.

—Es un placer, señor Campo —saludó afablemente—. Durk, ¿quieres preparar algo de beber a nuestro visitante?

—Con mucho gusto —respondió Avner.

—Siéntese, siéntese, señor Campo —invitó Stygor.

—Gracias, pero voy a ser breve. Ustedes no me lo contaron todo cuando contrataron mis servicios.

—¿A qué todo se refiere usted, abogado?

—A lo que sucede en un pleito por la propiedad de un planeta, si el Tribunal estima defectos en su propiedad o nulidad de la misma. Si el demandado lo elige, puede luchar por esa propiedad. O encomendare el combate a su representante.

Stygor soltó una risita. Avner llegó con la copa llena.

—Beba, señor Campo —invitó.

El joven tomó la copa, pero no alzó la mano.

—Explíquese, Stygor —pidió secamente.

—Comprenderá, señor Campo, que no le elegimos a usted únicamente por sus cualidades profesionales en el campo de la abogacía.

—¿Ha dicho elegimos? Yo creí que había sido lady Vessa...

—Bueno, lady Vessa recordaba su intervención en el asunto del robo del peto. Es una joya que han llevado siempre las mujeres de la estirpe de los Pránor y que se ha transmitido invariablemente de madres a hijas, desde hace una docena de generaciones.

—Justo cuando el primer Pránor tomó posesión de Szawoo —añadió

Avner.

—Una Pránor, que se precie de serlo, no dejará de ostentar el peto en las ocasiones más solemnes —añadió Avner,

—Está bien, dejemos el peto a un lado. Estábamos hablando del litigio.

—Ah, sí, el combate que se producirá en caso de que la sentencia sea desfavorable para lady Vessa.

—Que se producirá, es muy posible —dijo Campo—. Lo que ya dudo es que yo tenga alguna intervención fuera de estrados.

Stygor alzó las cejas.

—Amigo Campo, según nuestros informes, usted había alcanzado gran fama como agente del S.I.T. —dijo.

—Era un empleo muy agitado. Por eso lo dejé —refunfuñó el joven.

—Pero conserva intacto todo lo que aprendió en su entrenamiento, para ingresar en el cuerpo.

—Acabemos de una vez. ¿Por qué me han contratado ustedes? ¿Por mi habilidad como abogado... o mi habilidad como esbirro, dispuesto a matar si me lo ordenan mis superiores?

Stygor dejó de sonreír.

—Se le pagaron dos millones —contestó escuetamente.

Campo dio media vuelta.

—Devolveré el dinero, menos doscientos mil que tuve que pagar por el rescate del peto —afirmó en tono rotundo.

Abrió la puerta. En el mismo momento, apenas había traspasado el umbral, una fuerza enorme, desconocida, le lanzó por tierra, envuelto en ruido, llamas y humo.

* * *

—Ha tenido usted suerte, señor —dijo Jim al día siguiente.

A Campo le dolían los oídos todavía. Tenía una venda en la mano izquierda y tres o cuatro parches en las piernas. Debajo de la oreja derecha tenía una cruz blanca.

—Sí —admitió Campo de mala gana—. Dos segundos más y no lo cuento.

Todavía recordaba el espantoso espectáculo de dos cuerpos horriblemente destrozados. La bomba, sin embargo, no había derribado ningún tabique y si había causado algunos daños fuera del departamento se debía al hecho de estar abierta la puerta en el momento de la explosión.

Era una bomba de explosión-implosión, había dictaminado de inmediato el jefe de los investigadores policiales. Los gases deflagrados se expandían en un radio determinado y luego se contraían con enorme violencia, disipándose definitivamente luego en una forma mucho más

suave y apenas dañina. Pero si alguno de los dos hombres de Szawoo se había librado de los efectos de la primera explosión, los gases, al comprimirse, debían de haberle aplastado las vísceras con la potencia de una gigantesca prensa hidráulica.

—Yo me pregunto por qué quisieron matarlos —dijo Jim—. Consulto en mis circuitos y no encuentro grabada respuesta alguna.

Campo le tendió un papel.

—En el Tribunal encontraremos la respuesta —manifestó—. Ahí tienes; pasaje para un robot, en la astronave «Carystria», que zarpa pasado mañana para la estación espacial de enlace de Grossford X. Espérame allí, en el departamento de robots, si no cambio de opinión.

Jim mostró un moderado asombro.

—¿Por qué no viajamos juntos, señor? —preguntó.

—Yo tengo mi pasaje en otra nave —contestó Campo sibilinamente.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Abriré, señor —ofreció el robot.

Un hombre entró en el despacho momentos más tarde.

Campo parpadeó.

—Creo que nos conocemos, señor Seyus —dijo.

—En efecto —convino el recién llegado—. Nos vimos ayer en el departamento del hotel «Starpol».

—Usted fue a visitar a dos conocidos míos.

—Sí, Stygor y Avner. ¡Pobres!

El tono de Seyus sonó a Campo lleno de hipocresía. Instintivamente comprendió que su visitante tenía mucho que ver con la explosión.

—Pobres, en efecto. Pero como ya no podemos hacer nada por ellos, hablemos de nosotros, señor Seyus.

—Buena idea —aceptó el visitante. Metió la mano en su bolsillo y sacó un rectángulo de papel—. ¿No le agradaría quedarse en la Tierra, con unas vacaciones pagadas por el resto de sus días? —preguntó.

Campo leyó la cifra escrita en el cheque.

—No está mal —dijo—. Tres millones... por olvidarme de Szawoo.

—Sí —confirmó Seyus sin pestañear.

Hubo un momento de silencio.

—Antiguamente —habló Campo con lentitud, tras la pausa—, cuando se producía un caso como éste, el presunto sobornado rompía el cheque.

—Oh, ese caso no se producirá ahora —rió Seyus—. El cheque es de papel metalizado, irrompible, como usted sabe.

¡Ris, ras! ¡Ris, ras!

El cheque se dividió en dos, cuatro y ocho trozos, que Campo tiró a la cara de su visitante.

Seyus se puso pálido primero.

Luego se quedó estupefacto.
—¡Tiene usted una fuerza colosal! —exclamó.
Campo se puso en pie.
—¿Quiere que le haga una demostración?
—¡Nooooo...! —gritó Seyus, huyendo hacia la puerta a todo correr.
Pero antes de salir se volvió hacia el joven y blandió el puño.
—Le pesará haber rechazado mi oferta —dijo.
Campo no se inmutó.
—Señor Seyus, ¿qué hay en Szawoo, que atrae tanto la atención de la gente? —preguntó.
Seyus salió. La curiosidad de Campo quedó insatisfecha.
—Pues señor —murmuró el joven, una vez a solas—, esto se pone cada vez más al rojo vivo.
Suspiró.
—Si no fuese porque tengo que devolverle el peto a lady Vessa...

* * *

Maora entró en su cámara, se sentó ante el espejo y se soltó la cinta que ataba su pelo en la nuca. Una larga y brillante cabellera, de color leonado, se desplegó hasta más abajo de la cintura.
Luego tomó el cepillo, pero no llegó a utilizarlo. Unas manos varoniles se apoyaron en sus hombros desnudos.
—Eres muy hermosa, Maora —dijo Campo.
Ella se sobresaltó terriblemente.
—¿Tú? ¿Cómo has entrado aquí? —exclamó, volviéndose hacia él con felina brusquedad.
Campo se echó a reír.
—«Polizonaje» —dijo lacónicamente.
—La nave estaba vigilada...
—No demasiado, guapa.
Maora frunció el ceño.
—No entiendo —dijo—. Somos tus enemigos...
Había una caja de dulces en un lado del tocador y Campo se puso uno en la boca.
—Me conviene la discreción —dijo—. No tengo ganas de que me peguen una puñalada en una astronave de pasajeros.
—¿Y aquí no te la pegarán?
—No.
—¿Cómo lo sabes?
—Tú no lo consentirías, ¿verdad?
—Quizá sea yo la que te pegue esa puñalada, Earl.

—No lo creo, Maora.

—¿Por qué?

Campo se acercó a ella de nuevo, la agarró por un brazo y la hizo ponerse en pie.

—Pertenezco a Yautu —dijo Maora,

—¿En todos los sentidos?

Ella vaciló. Campo buscó su boca.

La mano de Maora se crispó sobre el cabello masculino, Unos momentos después, sofocada y jadeante, se separó de él.

—Earl, ¿qué me has dado? —preguntó con voz ensoñadora.

—Eres una salvaje, pero muy hermosa —contestó Campo.

—Soy más civilizada de lo que crees.

—No. Una mujer civilizada no aceptaría ser la esclava de un hombre y obedecer ciegamente sus órdenes, incluso las de matar a las personas.

—Soy de Jubou y Jubou pertenece a Yautu —contestó Maora orgullosamente.

—Y Yautu pretende a Szawoo, pero tengo la impresión de que, a poco que se descuide, sin quedará sin Jubou y sin Szawoo.

—¿Cómo lo sabes? —sonó en aquel momento la voz de trueno del lobuno gigante.

* * *

Campo no se inmutó.

Maora se separó de él, emitiendo un débil grito. Detenido a dos pasos de la puerta, las manos en las caderas y los recios pies sólidamente plantados en el suelo, Yautu parecía la estampa misma de la fuerza y la brutalidad físicas.

Sin embargo, para un observador dotado de un mediano espíritu crítico, Yautu no era, no podía ser un salvaje, pese a su indumentaria y sus modales. Tal vez, se dijo Campo, había una buena dosis de teatralidad en la apariencia del gigante, aparte de que la vestimenta de pieles podía ser típica en Jubou. No, Yautu era mucho más inteligente de lo que aparentaba.

Y lo mismo sucedía con sus amazonas, al menos, con Maora.

—No lo sé —dijo Campo después de una pausa, en respuesta a la pregunta de Yautu—. Lo presiento simplemente.

—Un abogado, me parece, no debe guiarse por presentimientos —dijo Yautu.

—A veces conviene dejarse llevar por el corazón —sonrió Campo—. Pero tengo la sensación de que tú no actúas totalmente por propia iniciativa. ¿Me equivoco?

Yautu frunció el ceño. Campo miró a Maora, pero la joven desvió la

vista.

—Mis motivos no te interesan —rezongó el gigante—. Reclamo a Szawoo porque creo tener derecho a su propiedad.

—¿Acaso el Pránor que lo conquistó no lo hizo en debida forma, según las leyes de la Liga de los Siete Sistemas?

—Yo me limito a presentar mi reclamación —contestó Yautu, encogiéndose de hombros—. Ahora es a lady Vessa a quien corresponde probar sus derechos.

—Por la misma razón, cualquiera podría presentar una reclamación semejante.

—Ya no. Yo me he adelantado a todos y ahora, el Tribunal decidirá entre ella o yo. Fallará a mi favor, claro —aseguró el gigante con amplia sonrisa.

—Todavía no se ha celebrado el juicio, Yautu. Espera a que se dicte sentencia para considerarte dueño de Szawoo, insisto.

—Muy bien. Y ahora, dime, ¿piensas viajar en mi astronave?

—Estoy a bordo de ella —sonrió Campo.

—Y en grata compañía.

Maora se ruborizó.

—¿Es tuya? —preguntó el terrestre audazmente.

Yautu vaciló.

Acabó por encogerse de hombros.

—Quédatela —dijo en tono displicente—. Te la regalo.

—Gracias, pero yo no admito ciertos obsequios. Maora seguirá siendo una mujer libre.

—Como quieras. ¿Sabes una cosa, abogado? Me habría gustado ser tu amigo —dijo Yautu.

—Podemos serlo...

—Estamos en distintos bandos.

—Quizá acabemos en el mismo bando, Yautu.

—Insistes en que hay alguien más detrás de todo este asunto, ¿no es así?

—Lo presiento —repitió Campo.

Yautu lanzó una risita.

—Deseo que tu estancia a bordo de mi nave sea lo más agradable posible —dijo, encaminándose hacia la puerta. Desde allí se volvió y los miró a los dos sucesivamente—. Maora se encargará de ello —concluyó.

Campo y Maora se quedaron a solas. El joven avanzó hacia ella.

—Ya has oído a Yautu, Maora.

Ella aparecía muy seria.

—Estoy preocupada, Earl —dijo.

—¿Por lo que ha dicho Yautu? ¿O acaso es que le temes?

—No. Siempre le he sido indiferente y eso no es cosa que me afecte en absoluto. Estoy preocupada por lo que has dicho, ¿Quién es el otro sujeto que interviene en este pleito, Earl?

—¿No lo conoces tú, Maora?

—Es la primera vez que he oído hablar de ello.

—Pues no cabe la menor duda de que Yautu sabe algo. Sin embargo, es lo bastante inteligente para callárselo.

—A nosotras no nos ha dicho nunca nada que no se supiera ya públicamente. Nosotras somos una especie de guardia de «corps», vistosa y pintoresca, nada más.

—Sí, eso veo —suspiró Campo.

«Pero hasta los guardaespaldas ven y oyen cosas que no ven ni oyen el común de los mortales», pensó.

Y durante el resto del viaje, hasta la estación espacial de enlace, Grossford X, tendría tiempo de sobra de averiguar datos que podían resultarle interesantes.

Miró a Maora y sonrió.

Ella también sonrió.

Esta vez Maora no mostró ninguna reticencia cuando los labios del abogado buscaron los suyos.

* * *

La ciudad estaba sumida en el silencio nocturno. Había bastante luz en las calles, pero la mujer corría por los lugares más oscuros.

De cuando en cuando, Vessa Pránor se detenía en algún lugar en sombras y se volvía para mirar hacia atrás. Una vez que comprobaba que nadie le seguía, continuaba su camino.

La astronave en que viajaba el abogado Campo llegaría al día siguiente a Grossford X. Vessa había dejado Szawoo para ir a esperarle a la estación de empalme. En Grossford X confluían numerosas espaciolíneas y era punto estratégico en las comunicaciones interestelares.

La actividad era constante en Grossford X, pero también, inevitablemente, llegaban las horas de descanso. Era el momento adecuado para llevar a cabo los planes elaborados da antemano.

Pasados unos minutos llegó a una casa de dos plantas y forma cúbica, construida con grandes bloques de cemento. Llegó a la puerta, exploró una vez más los alrededores y luego llamó con los nudillos, haciendo una contraseña ya convenida.

Volvió a llamar un minuto más tarde, en vista de que no recibía contestación. Vessa se alarmó al observar que no respondía nadie.

Tanteó la puerta y abrió. Dentro de la casa había silencio y oscuridad.

—Robbux —llamó a media voz.

Vessa se sintió llena de aprensiones. El hombre a quien buscaba debía de estar en la casa, así se había convenido.

—¡Robbux! —gritó.

El silencio continuaba. Vessa dio dos pasos en el interior. Las luces se encendieron automáticamente.

La planta baja estaba desierta. Vessa buscó la escalera y empezó a subir pero apenas había ganado cinco o seis peldaños, se detuvo, con los ojos dilatados por el horror.

Un hilo rojo, de inconfundible color, descendía por los escalones, procedente de una puerta situada al final de la escalera. El reguero de sangre salía por debajo de la puerta.

Vessa se puso una mano sobre el pecho, terriblemente pálida. Después de unos momentos de vacilación, consiguió reunir fuerzas para continuar la ascensión.

Abrió la puerta. Tuvo que morderse los labios con fuerza, para no lanzar un grito de espanto.

Robbux estaba allí, atado a su propio lecho, sin la menor prenda de ropa sobre su cuerpo enrojecido por la sangre que había brotado de innumerables heridas. Su mano derecha pendía suelta fuera de la cama.

Había sido horriblemente torturado, dedujo Vessa de inmediato. La joven adivinó sin tardanza los motivos de la tortura.

No obstante, el o los asesinos habían huido antes de que Robbux muriese, si bien habían creído en su fallecimiento. Vessa lo supo por los signos que Robbux había trazado sobre la pared, con el índice mojado en su propia sangre.

Era una pista, indudablemente, aunque Vessa no la entendía. Sin embargo, logró reaccionar y, abriendo el bolso, sacó lápiz y una libreta, en la que anotó los signos escritos en rojo.

Al terminar, guardó la libreta y se dirigió hacia la escalera. Cuando ya estaba abajo, oyó un leve zumbido.

Abrió el bolso de nuevo y sacó una cajita de forma oblonga, menor que la palma de su mano. Una diminuta lamparita centelleaba en su cara superior.

Vessa reflexionó un momento. Luego guardó la caja y sacó una pistola.

Avanzó hacía la puerta. Las luces se apagaron también automáticamente.

Abrió. Había un hombre parado a poca distancia.

—¡Eh! —llamó suavemente.

El esbirro se volvió, sobresaltado. Vessa le apuntó con la pistola.

—Acérquese —ordenó.

El hombre vaciló. Vessa le apuntó directamente al cuerpo.

—Es la última vez que se lo repito —dijo—. ¿Quiere que lo abrase? —dijo en tono duro.

—Oiga, yo no sé lo que pretende...

Vessa cortó en seco las protestas del sujeto.

El individuo se rindió. Vessa dio dos pasos atrás, volviendo a entrar en la casa.

—Pase.

El desconocido cruzó el umbral.

—¿Qué es lo que quiere, señora? —preguntó.

—Información —dijo Vessa secamente—. El nombre de la persona para quien trabaja usted.

—Ried Gaglar —contestó el otro.

—¿Quién es Gaglar?

—Yo —dijo el desconocido, sonriendo con cinismo.

—No le creo, Gaglar. Usted trabaja para otro.

—Bueno —dijo Gaglar con indiferencia, a la vez que se encogía de hombros.

—Usted ha estado siguiéndome...

Vessa no pudo continuar. Creyéndola descuidada, Gaglar se arrojó sobre ella.

La pistola llameó. El rostro de Gaglar sufrió una horrible deformación cuando la descarga lumínica le atravesó el pecho de lado a lado.

Su cuerpo sufrió una violenta sacudida. Luego se desplomó al suelo, sin hacer ni un movimiento más.

Vessa hizo una profunda inspiración para llenarse los pulmones de aire. Con sangre fría, que le sorprendió a sí misma, comentó:

—Robbux no se sentirá tan solo ahora.

Guardó la pistola, se envolvió en el manto que formaba parte de su atavío y salió a la calle.

Unos pasos más adelante, levantó los ojos hacia el cielo. Ya clareaba.

CAPÍTULO VII

El aeropuerto de Grossford X estaba concurridísimo.

Vessa se apeó del helitaxi que la había traído desde el hotel en que se alojaba y avanzó hacia una de las cintas deslizantes que conducían al interior del enorme edificio, que ocupaba varias hectáreas de terreno. Había gentes de todas las clases y figuras que iban y venían, todos, sin excepción, atrafagados en sus respectivos asuntos.

Vessa atravesó la zona de tiendas, donde se podía encontrar de todo, desde fieras salvajes de figura inimaginable hasta esclavos de ambos sexos, así como los objetos más raros y disparatados, con valores oscilantes que iban de uno a varios millones de «garants», la moneda intergaláctica de uso común. Luego siguió hasta la sala señalada con el rótulo de «LLEGADAS Y SALIDAS DE Y PARA LA TIERRA».

La joven vestía un sencillo traje de una sola pieza, de color gris acero, de pantalón corto y sin mangas. Su pelo estaba recogido en un moño de forma cónica, del que partía un largo velo de tul de color rojo oscuro, que, después de pasar por el hombro izquierdo, flotaba libremente a sus espaldas. Ajena al movimiento general, se acercó al bar automático.

Depositó una moneda y presionó una palanca. El vaso lleno de café humeante apareció en el acto.

Un altavoz bramó:

—Vuelo interestelar cuatrocientos dos, nave «Carystria», procedente de la Tierra, acaba de finalizar en este astropuerto,

Vessa se llevó el vaso a los labios. A su lado, una voz irónica dijo:

—¿Esperando a su abogado, lady Vessa?

La joven se volvió. Sus ojos contemplaron críticamente al hombre que sonreía delante de ella.

—¿Le importa mucho, Seyus? —contestó en tono seco,

—Mera curiosidad, lady Vessa, El pleito ha armado mucho ruido — aseguró el hombre.

—Lo sé, pero eso no es cosa que le interese a usted.

—Temo que está equivocada, lady Vessa, Szawoo y su hermosa propietaria gozan de mis preferencias en todos los sentidos.

Ella le volvió la espalda.

—No se moleste, Seyus —dijo fríamente.

—Usted sabe que yo puedo ayudarla...

—¿Haciendo asesinar a Robbux?

—No sé de qué me está hablando, lady Vessa.

—Seyus, ¿le han tirado a la cara alguna vez un vaso de café hirviendo?

Vivamente alarmado, Seyus dio un paso hacia atrás. Vessa se echó a reír.

—No tema —dijo, a la vez que lanzaba el vaso vacío a una papelera trituradora—. No le echaré café caliente a la cara.

Se volvió de nuevo y dio un paso hacia Seyus.

—Hay otra cosa para tirarle a la cara que usted se merece mucho más —añadió.

Y le escupió.

Seyus se puso lívido.

—¡Me lo pagará! —amenazó en voz baja—. Le aseguro que...

Alguien interrumpió bruscamente a Seyus.

—¿Lady Vessa Pránor?

La joven se volvió.

—Yo soy —dijo orgullosamente.

Jim hizo una leve inclinación de cabeza.

—Es un placer conocerla, lady Vessa —manifestó—. Aunque ese placer viene contrarrestado por la mala noticia que me veo obligado a darle.

—¿Quién es usted? —preguntó la joven, intrigada.

—Jim, robot-pasante del abogado Campo. Lady Vessa, siento infinito comunicarle que una grave enfermedad de mi principal le ha impedido viajar hasta Grossford X, como habría sido su deseo. En su lugar, y salvo objeciones por su parte, yo tendré el honor de defender sus intereses ante el T.S.S.S.

Vessa se quedó atónita. A su lado, Seyus se echó a reír.

—¡Un robot! ¡Va a defenderla un robot! —exclamó con burla—. Es la mejor manera de perder el pleito, lady Vessa.

Ella le miró fríamente.

—Seyus, temo que es usted un sujeto con escasas dotes diplomáticas —manifestó con gran calma—. En un principio, me había sentido inclinada a rechazar la oferta del robot Jim, pero me ha bastado oírle a usted para aceptarle como defensor.

* * *

Earl Campo llegó al pie del muro y miró a ambos lados recelosamente. Seguro de que nadie le veía, aplicó ambas manos a la pared y se izó a pulso varios palmos del sucio.

Sujetas a las manos llevaba sendas ventosas, que le permitieron una ascensión rápida y segura. Momentos después, se hallaba sentado en el alféizar de una ventana, situada a doce pisos sobre el nivel de la calle.

La ventana estaba entreabierta. Campo saltó al interior de la estancia y

corrió las cortinas.

Encendió una lamparita portátil. Se acercó a la puerta de entrada y conectó el automático para las luces, que se encendieron de inmediato.

Una voz en el dormitorio contiguo.

—¿Quién anda ahí?

Campo soltó una risita.

—Su defensor, lady Vessa —contestó.

Se oyó un agudo grito. Luego, ruido de ropas.

Vessa apareció en la sala, envolviéndose precipitadamente en una bata de tejido casi transparente. Sus ojos contemplaron con asombro la elevada figura del recién llegado.

—Usted... pero Jim me dijo...

Campo se acercó a ella y tomó sus manos.

—Me pareció conveniente hacerlo así, al menos en los primeros momentos —explicó—. De este modo, tendré más soltura para mis investigaciones.

—Entonces, ¿me defenderá en el juicio?

—Si no lo hago yo, lo hará Jim, pero con los datos que yo le suministre.

Vessa se pasó una mano por la frente, para echar atrás un mechón de pelo.

—No sé si el Tribunal aceptará la presencia de un robot en estrados —alegó.

—¿Hay alguna ley en contra?

—Creo que no, pero es un caso tan insólito...

—Alguna vez tenía que ser la primera. En todo caso, si el Tribunal lo prohibiese, yo tomaría la defensa a mi cargo. De momento, Jim es el que dará todos los pasos legales.

—Pero ¿conseguirá algo? —dudó Vessa.

Campo se echó a reír. Mientras se acercaba a una mesita con servicio de licores, dijo:

—Lady Vessa, si en la Tierra se prohibiese a los robots ejercer determinadas profesiones, nuestra civilización se vendría abajo en una semana —contestó. Miró la copa llena al trasluz y agregó—: No habría encomendado esta labor a Jim si tuviera la menor duda acerca de su capacidad.

—Capacidad mecánica, señor Campo —puntualizó ella.

—Superior a la mía, créame. A propósito, ¿qué me dice usted del acta de conquista y posesión de Szawoo?

Los brazos de Vessa cayeron desmayadamente a los costados.

—Ha desaparecido —dijo.

—Pero ¿la ha visto usted alguna vez?

—No, nunca, ni siquiera supe jamás dónde estaba. ¿Para qué iba a

preocuparme por ello, si nadie me disputó la propiedad del planeta?

—Un argumento lógico —admitió Campo—. Pero hay una copia en el archivo del T.S.S.S.

—Supongo que sí. Esperaba su llegada para comprobarlo... pero ya sabe dónde está el Tribunal.

—En efecto. Una decisión muy acertada la de su ubicación. De este modo, no se puede alegar parcialidad territorial por parte de los jueces.

—Sí, cuando se estableció el Tribunal, se pensó que lo mejor era situar su sede en Druffsoll, ese asteroide que órbita en un espacio prácticamente equidistante de todos los sistemas de la liga.

—Muy bien, pues; habrá que ir a Druffsoll para encontrar esa copia legalizada. Mientras tanto, dígame, ¿qué hay en su planeta que ha llamado tan de repente la atención de Yautu, propietario, a su vez, de un planeta sumamente rico en todos los aspectos?

Vessa abrió los brazos.

—No lo sé —dijo.

* * *

Vessa se paseaba por la habitación, un tanto nerviosa.

—Robbux era uno de mis ayudantes más adictos, valeroso, inteligente y astuto. Él era el único con posibilidades de encontrar el acta de conquista y posesión de Szawoo... pero lo han asesinado.

—Después de torturarlo.

—Sí, pero ya le he dicho que dejó una pista, escrita en la pared con su propia sangre. Cuatro letras, aunque no entiendo su significado, señor Campo.

El abogado hizo un fruncimiento de cejas.

—¿Quiere escribirme esas cuatro letras, por favor? —pidió.

—Con mucho gusto.

Vessa tomó un lápiz y escribió sobre un papel, que tendió a Campo inmediatamente. Campo entornó los ojos.

—Veo aquí una A, una D, una J y una A —dijo.

—En efecto, si bien estaban escritas con minúsculas —manifestó la joven.

—Usted ha repetido la inscripción con mayúsculas. Hágalo lo más parecido que pueda a lo que vio en la pared.

Vessa volvió a escribir. Campo leyó: «adja».

—Adja —repitió pensativamente—. ¿Le sugiere algo, lady Vessa?

—En absoluto —contestó ella—. No se me ocurre nada, créame.

Campo se inclinó de nuevo sobre el papel.

—Bien, ya averiguaremos el significado del mensaje —dijo—.

¿Cuándo se inician las sesiones del juicio?

—El tribunal lo ha señalado para dentro de tres semanas. Antes hay otros casos pendientes, por supuesto, ninguno tan importante.

—Entiendo, Lady Vessa, obvio es decir que debe mantener mi presencia en secreto. Usted seguirá en Grossford X hasta el momento del juicio.

—Sí —aceptó ella sin más.

—Jim se ocupará de los asuntos estrictamente legales, Confíe en él.

—Puesto que usted lo dice...

—No se lo diría, si no confiase en Jim. Yo me encargaré de las investigaciones, porque debe saber que sospecho que, aunque él crea lo contrario, Yautu es juguete de un tipo ambicioso que lo emplea como pantalla.

Vessa se asombró de aquellas palabras.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Nadie, lady Vessa, Simplemente, lo sospecho. ¿Sabe que un tal Hamin Seyus quiso comprarme para que no abandonase la Tierra?

—¡Seyus! —exclamó Vessa—. Eso explica muchas cosas, señor Campo.

El joven sonrió.

—Puede que sí —dijo jovialmente.

CAPÍTULO VIII

El hombre era alto, robusto, de ojos claros y frondosa barba rubia. Hubiera resultado mucho más apuesto, de no ser por aquella cojera que le obligaba a usar bastón.

En Grossford X había de todo lo necesario en cuestión de diversiones. El hombre de la barba rubia empujó la puerta y entró en la taberna, en donde reinaba un ambiente punto menos que enloquecedor.

Había gentes de todas las clases, que procedían de los puntos más lejanos y dispares. La variedad de la indumentaria daba vértigo, pero no faltaban quienes sólo usaban un simple cinturón por única prenda. Del cinturón pendía el monedero y, si el que lo usaba era hombre, también algún arma.

El mostrador se perdía de vista y estaba ocupado por una interminable hilera de clientes de ambos sexos, a los que atendían una docena de hermosas camareras de ropa más que ligera, vigiladas por un camarero jefe que no perdía de vista el menor movimiento de una sola persona.

Había también numerosas mesas, la mayoría de ellas ocupadas. En el escenario, una bailarina mostraba su arte, ayudada por cuatro serpientes de casi cinco metros de largo. Era un número que apenas llamaba la atención.

Campo se acercó al mostrador, en el que encontró un hueco de manera poco menos que milagrosa. Una camarera pechugona se le acercó al instante.

—Vino del país, media jarra —pidió.

—Sí, señor —contestó la chica.

El jefe de mostrador dirigió a Campo una mirada casual. De pronto, alargó la mano y agarró por el cuello a un individuo que ya se iba sin pagar.

Hubo un breve forcejeo y, casi en el acto, como surgidos del seno de la tierra, aparecieron dos sujetos de gran corpulencia que obligaron al remiso a pagar su consumición. Luego lo arrojaron a la calle con escasa cortesía.

La camarera vino con la bebida.

—¿Quieres algo más? —consultó.

Campo hizo un signo negativo. Puso una moneda de cinco «garants» sobre el mostrador y dijo:

—Quédate la vuelta, preciosa.

La camarera le guiñó un ojo.

—Gracias, pero aquí hay para más de media jarra de vino —contestó, insinuante.

—Tal vez —sonrió Campo.

—Me llamo Roga —dijo ella, y se marchó para atender a otro cliente.

Campo tomó un sorbo de vino. Era ligeramente dulzón y estaba fresco, como convenía.

La bailarina de las serpientes terminó su número y se marchó, seguida de los reptiles, que se deslizaban tras ella como dóciles falderillos. Junto a Campo estalló una pequeña discusión.

—¿Diez mil por esa tontería? Tú te has creído que yo soy Brulk Mywus, muchacho. Tres mil y es suficiente.

—Diez mil no es suficiente para pagar lo que te ofrezco. Si Mywus lo viese...

—Si Mywus lo viese, se pondría a vomitar en el acto. Cuatro mil.

—Nueve mil.

—¡Vete al diablo!

Campo dejó de interesarse en la discusión. Tomó otro sorbo de vino y se encaminó hacia una puerta situada al fondo del local.

Momentos después, entraba en un largo pasillo, al que siguió hasta detenerse ante la entrada de un camerino, sobre el cual había un nombre en letras doradas:

DUNNA FAYWEE

Campo llamó y esperó. La puerta se abrió a los pocos instantes.

—Pase —sonó una voz femenina.

El joven cruzó el umbral, sin abandonar su supuesta cojera. Al otro lado de un biombo divisó una silueta de mujer.

—Hola, Dunna —dijo.

La encantadora de serpientes miró por encima del biombo y lanzó una exclamación.

—¡Estoy soñando! —dijo—. ¡Earl Campo...!

—¡Chitón! —dijo él, sonriendo—. Bajo este aspecto, soy Val Baxter.

—Perdona, ya lo había olvidado —contestó Dunna.

Abandonó el biombo y, sin cuidarse de la escasez de su atavío, le agarró por los brazos a la vez que le miraba fijamente—. No lo puedo creer, palabra.

Campo sonrió.

—Soy de carne y hueso, Dunna —manifestó—. Pero si quieres que te diga la verdad, yo tampoco lo podía creer cuando te vi bailando con las serpientes.

—No es un número que tenga mucho éxito, pero tampoco es de desdeñar. Sobre todo, me permite pasar inadvertida.

—¿Alguna misión, Dunna?

—Sí, Earl... perdón, Val. Naturalmente, no puedo informarte...

—Preciosa, no te pido que me informes de algo que sólo te concierne a ti y al ilustre bribón que es el jefe del Servicio Interestelar de la Tierra. Sólo quiero que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor? —preguntó Dunna con recelo.

—Estoy seguro de que ya conoces los motivos de mi estancia aquí — dijo él.

—Sí, hay buenos medios de información. Ese pleito ha armado mucho ruido, te lo aseguro.

—Muy bien. En tal caso, necesito que me ayudes, Dunna. A título particular, por supuesto.

—No sé si podré...

—Inténtalo. Creo que no te costará mucho; podrás actuar paralelamente a tu misión. Y te aseguro que recibirás una buena recompensa.

—Si eso que me pides no me compromete...

—Eres demasiado discreta para comprometerte,

Dunna. Supongo que ya conoces al demandante de Vessa Pránor.

—He oído hablar de él —admitió la danzarina.

—Tengo la sensación de que «El Lobo» no actúa per se, aunque trate de demostrarlo y hasta incluso de creérselo. Procura averiguar quién tira de los hilos de esa robusta marioneta. ¿Me has comprendido?

Dunna le hizo un guiño de asentimiento.

—Comprendido, Val —respondió—. Pero antes hablaste de una recompensa.

—No te la daré yo, sino...

—Tienes que dármela tú, Val. Y ahora necesito un anticipo.

Dunna sonreía de un modo singular. Campo sonrió también y se inclinó hacia ella.

Momentos después, se separaban. Dunna suspiró melancólicamente.

—Este anticipo es demasiado pequeño —se quejó.

Campo le dio un par de palmaditas en la mejilla.

—Cuando tengas los datos que te he pedido, recibirás el resto de mi recompensa particular. Aparte, naturalmente, de la que te entregue la Ilustre Dama Vessa Pránor.

—¿Te recompensará ella a ti de un modo... particular?

Campo no contestó. Se dirigió hacia la puerta y salió.

* * *

Vessa cenó con desgana en el comedor del hotel y luego subió a su habitación. Se cambió de ropa, poniéndose un cómodo mono de tejido muy suave y amplio y luego se sentó en una butaca.

Cambió varias veces de programa en el televisor. Ninguna de las

emisiones la satisfacían.

Sentíase inquieta, nerviosa. La conversación con Campo había alterado su ánimo aún más de lo que lo estaba en los últimos tiempos.

¿Por cuenta de quién obraba Yautu «El Lobo»? ¿Qué había en su planeta, que llamaba tanto el interés del troglodítico individuo?

De pronto, llamaron a la puerta.

Vessa se enderezó, a la vez que aprestaba su pistola lumínica.

—¡Entre! —accedió.

La puerta se abrió. Un hombrecillo de cráneo pelado y en forma de pera penetró en la estancia,

—Lady Vessa —saludó.

Ella le miró con recelo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El visitante cerró la puerta.

—Me llamo Rix Fardlon, señora —dijo—. Deseo hacerle una proposición.

—¿Sí? —dijo Vessa, poniéndose en guardia.

Fardlon avanzó hacia una mesa y depositó en ella un cheque.

—Para usted, lady Vessa —indicó.

Ella estuvo quieta un momento. Luego tomó el cheque y leyó la cifra escrita en la casilla correspondiente.

—Dos mil millones de «garants» —exclamó, pasmada.

—Ni un centésimo menos, lady Vessa —confirmó Fardlon en tono untuoso.

—Pero ¿por qué? Casi es el presupuesto anual de Grossford X...

Fardlon sonreía.

—Lo sé, lady Vessa. El cheque es el importe de su renuncia a los derechos sobre Szawoo.

Vessa irguió el busto.

—No pienso ceder —contestó tajantemente.

—Perderá más, porque no ganará el pleito y se quedará sin su planeta, señora.

—Si está tan seguro, ¿por qué me ofrece esa suma de dinero, señor Fardlon?

—Se trata de evitar no sólo gastos, sino también publicidad, lady Vessa —declaró el visitante—. Convendrá conmigo en que es una oferta deslumbrante,

Vessa volvió a mirar el cheque.

—¡Pero no está firmado! —exclamó.

—La persona que debe firmarlo lo hará apenas tenga su palabra de que accede al trato —dijo Fardlon.

Vessa le devolvió el cheque.

—Pienso luchar hasta el final.

—Medite, señora...

—Váyase, señor Fardlon.

El visitante se encogió de hombros.

—He hecho todo lo que he podido —contestó.

Inclinó la cabeza, dio media vuelta y se marchó.

—Dos mil millones por Szawoo —murmuró Vessa al quedarse sola—. ¿Quién se ha vuelto loco para pagar una suma semejante? ¿Es que mi planeta vale tanto?

Por el momento, sin embargo, no encontraba respuesta para aquellas preguntas.

CAPÍTULO IX

Fardlon salió del hotel y caminó a pie unos doscientos metros. Parado junto a una esquina, había un vehículo movido por antigravedad, con las cortinillas echadas.

Abrió la portezuela y se sentó junto al conductor, impávido como una estatua de palo. Detrás había dos hombres.

Uno de ellos era Hamin Seyus, El otro era un sujeto increíblemente grueso, de ojos casi ocultos por unos párpados rebosantes de grasa y de cráneo completamente afeitado.

El conductor hizo que el aparato se elevase apenas había tomado asiento Fardlon. Detrás, Seyus carraspeó:

—¿Y bien, Rix?

—Lo siento, señor —contestó el hombrecillo sin volverse siquiera.

—Esa loca... ¿ha rechazado la oferta? —se escandalizó Seyus.

—Así es, señor.

—Pero son dos mil millones.

Fardlon se encogió de hombros.

—Vessa sabe leer —respondió.

El gordo permanecía silencioso, inmóvil en su sitio. Seyus se volvió hacia él.

—Tendremos que tomar otras decisiones, señor —dijo.

La mano derecha del gordo se alzó suavemente.

—Calma, Hamin —recomendó—. No conviene precipitamos, máxime cuando todavía queda tiempo para el juicio.

—Pero la decisión del Gran Consejo se hará pública dos días más tarde. Yo creo que convendría activar el asunto ahora...

—Tenemos tiempo, Hamin —insistió el gordo—. Incluso aunque llegásemos al juicio sin haber conseguido nada, tendríamos tiempo de sobra. Lo importante no estriba sólo en la firma de Vessa, sino en su abogado defensor.

—Es un robot.

—Earl Campo y Vessa han demostrado no tener un pelo de tontos al elegirlo como defensor. Campo fue uno de los mejores agentes del S.I.T. y nos lo está probando ahora. Por eso digo que es nuestro mayor obstáculo.

Seyus pareció tranquilizarse un tanto.

—Si es así... —consultó su reloj—, yo diría que a estas horas ha dejado de ser obstáculo. ¿No opinas lo mismo, Rix?

Fardlon hizo un gesto de asentimiento.

—Mis dos mejores hombres se han encargado del asunto —contestó.

* * *

Campo abandonó el camerino y volvió a la taberna.

En el mostrador no había tanto público. Roga se le acercó con la sonrisa en los labios.

—Termino dentro de una hora —dijo significativamente.

—Esta noche no puede ser —contestó él—. Mañana acordaremos algo.

Roga suspiró, decepcionada.

—Lástima —murmuró—. Tú me gustas.

—¿No tienes novio o algo por el estilo?

—¡Psch! —dijo ella con indiferencia.

—No deseo verme envuelto en un lío...

—No habrá líos, Val —dijo ella, mirándole con coquetería—. Soy una chica libre.

—Ah, yo creía que pertenecías a alguien.

—Bueno, tanto como pertenecer... Sólo en asuntos de trabajo, claro.

—Al dueño de la taberna, ¿no?

Roga soltó una risita.

—Mywus tiene tantas chicas, que ni las cuenta —respondió.

—De modo que la taberna es de Mywus.

—Y hasta el aire que se respira en Grossford X —dijo ella cáusticamente.

—Debe de ser un tipo muy rico, ¿no?

Roga sacudió los dedos.

—¡Uf! Pero no sé qué le pasaría si Grossford X dejase de ser estación espacial de empalme. Toda su riqueza se deriva del hecho de que la inmensa mayoría de los negocios son suyos. Y los que no le pertenecen pagan un tributo especial por sobrevivir de mala manera.

—Comprendo. El planeta es de Mywus.

—No. Mywus llegó tarde. El dueño ya lo había vendido al Gran Consejo de la Liga de los Siete Sistemas. Pero adquirió derechos de superficie. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, Mywus es propietario de los terrenos.

—De toda la tierra firme de Grossford X. No puede imponer tributos por navegación aérea o espacial o marítima, pero sí por transportes de superficie sobre vehículos de ruedas, sobre edificaciones, negocios ajenos, que no hagan la competencia a los suyos, sobre importaciones y exportaciones...

—Vamos, impuestos sobre casi todo.

—Así es, Val.

—Estás muy enterada del asunto, Roga —observó Campo.

La camarera se encogió de hombros.

—A fuerza de oír cosas, una se hace competente en este asunto —sonrió—. Perdona, me llaman. Ven mañana.

—Lo procuraré —contestó él.

Y se dirigió a la calle, olvidado ya de Mywus.

Salió de la taberna y se encaminó hacia el hotel de ínfima categoría en donde se alojaba bajo el nombre de Val Baxter. Recorrió unos trescientos metros y, de pronto, al cruzar por delante de un callejón, algo silbó en el aire y se enroscó en su cuello.

Una mano pegó un terrible tirón. Campo rodó por tierra.

—Ya está —dijo alguien.

Un hombre saltó sobre él y le puso un pie sobre el pecho.

—Tira —dijo.

El otro hizo fuerza para apretar el lazo, poniendo igualmente un pie sobre el cuerpo de Campo. La mano del atacado tanteó el suelo,

El bastón estaba allí. Campo consiguió agarrarlo y lo puso con la contera hacia arriba.

Un chorro de fuego rojo brotó de la contera, con un sordo siseo. Se oyó un agudo alarido y uno de los atacantes cayó, revolcándose por el suelo, con la garganta abrasada por las llamas.

El otro vaciló, aterrado por aquella espantosa respuesta. Campo hizo un gesto y se puso en pie de un salto, derribando al segundo atacante.

El chorro de fuego brotó de nuevo, si bien en esta ocasión con menor potencia. Era como una larga lanza roja, cuya punta rozó el pecho del caído.

—No, no... —gimió el individuo.

Su compañero había dejado ya de moverse.

—¿Por qué me has atacado? —preguntó Campo.

—Sólo queríamos robarle...

La lanza de fuego se alargó un par de centímetros.

—Mientes —dijo Campo.

—Le aseguro que...

—Contesta. ¿Quién os ordenó matarme?

El sujeto miró a Campo con ojos desorbitados. Aquel lazo de acero debía haberle estrangulado instantáneamente y, sin embargo, estaba vivo todavía.

Campo comprendió los pensamientos del asesino y sonrió.

—Llevo un refuerzo en torno al cuello —explicó—. Y ahora, ¿hablas o te tuesto?

—Rix Fardlon —dijo el caído.

—¿Quién es Fardlon?

—Pagó cinco mil «garants».

Campo hizo un gesto de aprobación.

—Una respuesta más que suficiente —dijo—. ¿Sabes dónde vive?

—No. Simplemente, nos contrató.

—Pero debió de indicaros a quién teníais que estrangular.

—Eso sí.

—¿Estaba esta noche en la taberna?

—No. Él nos indicó el hotel «Syrus»...

Campo comprendió en el acto.

—Ya —dijo pensativamente—. Escucha, voy a darte una posibilidad de vivir.

—¿Sí? —dijo el rufián esperanzadamente.

—Suponiendo que hubierais conseguido matarme, ¿a quién teníais que comunicarlo?

—Al dueño del «Syrus».

—Está bien. Levántate.

El hombre obedeció. Cuando Campo le hizo una señal el otro le siguió sin titubear.

* * *

Una campanilla sonó suavemente. Larmon Hatt, dueño del hotel «Syrus» acudió al videófono.

Oculto tras unas cortinas cercanas, estaba Campo. El joven se hallaba ocupado en aquellos momentos en una labor fascinante.

Tenía en la mano un cilindro de color negro de unos diez centímetros de largo por dos de grueso. El cilindro pasó al interior del puño de su bastón. Campo reponía así la carga del proyector de fuego.

Hatt dio el contacto del videófono. La cara del asesino apareció en la pantalla.

—Listo —dijo el individuo.

—¿Dificultades? —preguntó Hatt.

—Ninguna.

—Está bien. Venid a cobrar el resto mañana.

—Sí, señor.

—Eso es todo. Adiós.

Hatt cortó la comunicación. Dio media vuelta y, en el mismo momento, oyó un fuerte siseo.

La lengua de fuego, que brotaba a más de 3.000º de temperatura, rozó la pechera de su camisa. Aterrado, Hatt retrocedió hasta que su espalda chocó contra una pared.

Los ojos de Hatt se desorbitaron.

—Pero usted... usted tenía que estar...

Campo soltó una risita.

—Se necesita algo más que una pareja de vulgares esbirros para liquidar a un ex agente del S.I.T. —dijo—. Por cierto, ¿dónde vive Fardlon?

—Yo no sé...

La punta del chorro de fuego rozó la de la nariz del hotelero. Hatt bizqueó agónicamente.

—Arroyo Smaryne, 60 —dijo.

—Muy bien, eso es todo lo que quería saber. Gracias Hatt.

Campo apagó el chorro de llamas. Luego dio media vuelta.

Detrás de él sonó un ruidito. Campo giró en redondo.

La lanza de fuego, a la máxima potencia, alcanzó de lleno a Hatt, cuando se disponía disparar contra el joven. Aquel chorro de fuego, a elevadísima temperatura, detuvo instantáneamente un corazón humano.

Hatt cayó sin lanzar un grito. Campo miró fríamente el cadáver del hotelero.

—Tú te lo has buscado —dijo solamente, a guisa de epitafio.

CAPÍTULO X

—¿Has conseguido averiguar lo que significa «adja»?

Vessa lanzó un gritito y, soltando el lápiz con el que escribía sobre un cuaderno, se volvió hacia el intruso.

—¿Quién es usted? —gritó—. ¡Salga o llamaré a...!

Campo se echó a reír, a la vez que se acariciaba la frondosa barba rubia,

—Estoy desconocido, ¿verdad?

Ella le miró estupefacto.

—Un excelente disfraz —calificó,

—Pero que no ha servido por completo —se quejó él—. Tendré que emplear otro mejor.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Vessa, intrigada.

—Han intentado asesinarme.

Campo se acercó a la consola y se sirvió una copa. Ella le contemplaba con asombro.

—Parece que «El Lobo» no desiste, ¿eh? —comentó.

—Yo no acusaría a «El Lobo» —repuso Campo—. En medio de todo, y aunque reconozco que le gustaría ser el dueño de Szawoo, es un adversario leal.

—¿Entonces, hacia quién apunta usted?

—Se llama Rix Fardlon.

Vessa lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Fardlon!

—¿Lo conoce usted? —preguntó Campo, sorprendido a su vez.

—Hoy mismo ha estado a visitarme. ¿Sabe qué pretendía?

—No. Dígamelo, por favor.

—Trajo un cheque por dos mil millones.

Campo se quedó sin respiración.

—¡Dos mil...!

—Ni un centésimo menos —contestó Vessa, remedando inconscientemente a Fardlon—. Por supuesto, debo ceder todos mis derechos sobre Szawoo.

—Vaya, eso significa que ellos no están muy seguros de ganar el pleito.

—¿Ellos?

—Los que están detrás de Yautu. «El Lobo» es un tipo pintoresco, pero sincero y, aunque nada torpe, poco avezado a ciertas cosas. Sencillamente, le han puesto como ariete, no sé si me entiende usted.

—Le comprendo muy bien, señor Campo. ¿Piensa ver a Yautu de

nuevo?

El abogado sonrió.

—Tal vez a otra persona de aspecto más agradable —contestó.

Vessa se puso seria.

—He oído rumores —dijo.

—¿Le molesta?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que una chica salvaje tendrá sus atractivos para un hombre refinado —manifestó.

Campo se puso una mano en el pecho.

—La belleza femenina, salvaje o refinada, es siempre digna de admiración —dijo.

—Ya —murmuró Vessa con sarcasmo—. Pero eso no me importa ahora. ¿Cuál va a ser su siguiente paso? Es decir después de haber hablado con Maora.

—Hablar con Fardlon, naturalmente. Aunque ya me imagino la respuesta que me va a dar.

—¿Cuál será?

Campo apuró su copa.

—Hamin Seyus —dijo—. Pero, aun así, tiene que haber otro detrás de Seyus.

—¿Qué le hace pensar tal cosa, señor Campo?

—Dos mil millones de «garants», lady Vessa. Por favor, dígame con sinceridad: ¿vale Szawoo una suma semejante?

Ella se reclinó a medias en su silla.

—Es un planeta muy agradable, fértil, con un clima excelente y grandes posibilidades de desarrollo —contestó.

—¿Muy poblado?

—Se reiría usted si le digo la cifra total de sus habitantes.

—Bien, vamos a reír, lady Vessa.

—Noventa mil en números redondos. Y es casi tan grande como su Tierra.

—¡Vaya! —resopló él—. Es prácticamente un desierto.

—Así se puede calificar. Por eso mismo no entiendo las ambiciones de «El Lobo».

—Ya lo sabremos —aseguró Campo confiadamente—. Una duda me asalta, lady Vessa,

—Dígame; por favor.

—Cuando Stygor vino a visitarme en su nombre, habló de que Szawoo la pertenece a usted, con cuanto hay y existe sobre la superficie. Existe, indudablemente, se refiere a seres vivos, inteligentes o no.

—Comprendo lo que quiere decir, señor Campo, y voy a tranquilizarle.

No, los habitantes de Szawoo son enteramente libres y, aunque las tierras que cultivan les pertenecen solamente en régimen de usufructo, la cantidad que me pagan es meramente simbólica. Ni tampoco les pongo trabas para la caza y captura de animales, domesticables o no.

—Quizá sea ese paraíso el que alguien codicia para establecimiento de una colonia —murmuró Campo pensativamente—. Bien, repito, ya lo averiguaremos. ¿Ha sacado algo más en limpio de lo que escribió Robbux antes de morir?

Vessa hizo un gesto negativo.

—Todo sigue igual —dijo, con acento desanimado.

Campo sonrió.

—Saldremos adelante —aseguró.

—¿Ha dicho «saldremos»? —preguntó ella con intención.

—Es la forma propia de hablar de un abogado al referirse al caso que le ha confiado su cliente. El abogado ganará el pleito y su cliente quedará satisfecho. Ambos habrán logrado lo que deseaban.

—Admiro su confianza, señor Campo.

El joven sonrió.

—El caso es muy enrevesado, pero tiene una serie de facetas notablemente atractivas —dijo—. Y en Szawoo hay algo de muchísimo valor o no ofrecerían por él dos mil millones.

—Es el presupuesto entero anual de un planeta como Grossford X.

—Sí, y eso me preocupa mucho, aunque... repito: ¡Saldremos adelante!

* * *

—¿Por qué quiere Yautu adquirir la propiedad de Szawoo?

El índice de Campo se paseaba por la mórbida piel del brazo de Maora, La hermosa salvaje soltó una risita.

—No me hagas cosquillas, Earl —pidió.

—Contéstame, preciosa, te lo ruego.

—No lo sé. Para ciertas cosas, él es muy reservado, créeme.

—De modo que no ha dicho por qué quiere convertirse en el dueño de Szawoo.

—No.

—¿Es más valioso Szawoo que Jubou?

Maora se encogió de hombros,

—No lo sé —respondió—. Ni tampoco me interesa.

—Es curioso —observó Campo—. Estás tan cerca de Yautu... y sabes tan pocas cosas de él.

—Querido mis compañeras y yo, somos solamente sus guardaespaldas. Simples soldados, para que lo entiendas.

—Por lo visto, en Jubou los hombres se dedican a cuidar de la casa y de los niños, mientras que las mujeres guerrean y cazan.

—Hombre, no. Lo que sucede es que Yautu es un poco fantasioso. Llevar una guardia de tipos barbudos está ya muy visto.

Campo soltó una risita.

—Resulta más atractiva una escolta de chicas guapas, ataviadas a la moda de la Edad de Piedra, ¿no es así?

—Le da mucha popularidad. Es un poco vanidoso, todo hay que decirlo.

—Y de puro vanidoso, apenas tiene cerebro o no se le habría ocurrido reclamar la propiedad de Szawoo. ¿Quién le metió en el lío?

—No lo sé a ciencia cierta. Sólo puedo decirte que una vez estuvo a verle un tipo que venía acompañado de algo así como una compañía de forajidos. Era un sujeto muy grueso y llevaba la cara cubierta con un velo, Ninguna de nosotras pudo saber su nombre.

—¿Hace ya mucho tiempo, Maora?

—Algunos meses, no recuerdo la fecha exactamente. Pero los guardaespaldas del gordo no dijeron ni pío durante el tiempo en que él y Yautu estuvieron conversando a solas,

—¿En Jubou?

—Sí.

—El gordo, ¿llevó su propia nave?

—Sí, claro. Era un aparato enteramente pintado de gris, sin otros distintivos que su matrícula.

—¿La recuerdas?

Maora hizo un esfuerzo.

—La matrícula era GF... es decir, una nave de Grossford, pero no recuerdo gran cosa de las cifras. Sólo sé que terminaba en cero uno.

—Algo es algo —suspiró Campo.

Maora le echó los brazos al cuello, Pero no pudo besarle,

Yautu entró de pronto en la estancia.

—Siempre tan inoportuno —dijo Campo, fingiendo un enojo que no sentía.

Yautu sonrió.

—¿Te gusta Maora? ¿Por qué no te la quedas? —sugirió.

—Sería una magnífica idea —dijo la aludida.

Campo se alarmó.

—Estoy casado y tengo siete hijos —mintió.

Maora le asestó un tremendo bofetón, que le tiró sobre el diván. Luego se marchó, vomitando maldiciones.

Yautu reía desaforadamente.

—Tiene su genio, ¿eh? —comentó.

Campo se frotó la mandíbula.

—«Lobo», dime ¿quién es el tipo gordo que fue a verte a Jubou hace algunos meses, escoltado por una compañía de esbirros?

Yautu lanzó un rugido de cólera y disparó su puño contra la cara del abogado. Rápido como una centella, Campo asió la muñeca del gigante y le retorció el brazo, colocándoselo a la espalda. Luego, lanzó a Yautu hacia adelante, arrojándolo de cara contra el diván.

—«Lobo», estás siendo juguete de alguien mucho más inteligente que tú y que te va a poner en un compromiso, del que acaso salgas perdiendo hasta la última brizna de hierba de tu planeta. Imagino que no querrás decirme su nombre, pero yo acabaré por averiguarlo —dijo Campo en tono lleno de severidad, mientras el otro se esforzaba por levantarse.

Luego se dirigió hacia la puerta. Desde allí, miró al gigante.

—El que te ha metido en este lío juego con baraja doble —manifestó—. Por un lado, te emplea a ti como pantalla. Pero por otro, quiere comprar Szawoo a su actual propietaria. Y pagaría nada menos que dos mil millones. Dime, ¿vale Szawoo una suma semejante?

Yautu no contestó. El asombro le impedía hablar.

CAPÍTULO XI

Rix Fardlon abrió la puerta, silbando alegremente, pero el sonido se transformó en una exclamación de pánico al ver al individuo que aguardaba plácidamente sentado en un sillón.

—U... usted... —tartamudeó.

Campo sonrió con gran amabilidad.

—Yo mismo y no mi fantasma, como usted, sin duda, habría esperado —dijo—. ¿Sabe?, un tipo que era dueño del «Syrus» me dio su nombre. El pobre Hatt ha abandonado ya este mundo de padecimientos.

Fardlon abrió y cerró la boca como pez fuera del agua.

—Yo... yo no sé nada...

—¿Está seguro?

Hubo un momento de silencio. Luego, de repente, Fardlon dio media vuelta e intentó escapar.

La lanza de fuego que brotaba del bastón fue más rápida y alcanzó el pomo, justamente cuando Fardlon ya ponía la mano encima.

Sonó un chillido. Fardlon dio un salto atrás, frotándose la mano, ligeramente chamuscada.

La punta del chorro de fuego «acarició» sus pantorrillas, desnudas a causa de la vestimenta que usaba. Fardlon volvió a chillar.

—¿Quién? —preguntó Campo, inflexible.

Fardlon lloraba.

—Por favor, por lo que más quiera... no me obligue... Me matarían si supieran que yo... he hablado...

—Estoy pensando en un hombre horriblemente torturado. Se llamaba Robbux —dijo Campo en tono frío—. ¿Cree que su cochina existencia me importa algo, miserable? ¡Vamos, suéltalo de una vez!

Fardlon vaciló. La punta de la llama se acercó de nuevo a sus rodillas.

—¡No, basta! —chilló—. Se llama Hamin Seyus.

—Me lo figuraba —sonrió Campo—. Pero usted llevó un cheque por dos mil millones a lady Vessa Pránor, en el cual faltaba la firma. ¿Quién es el que debía firmarlo?

Fardlon retrocedió. Sus ojos expresaban ahora el más vivo terror.

Campo creyó entender,

—Se trata de un personaje de elevada categoría, ¿no?

El otro calló. Campo apreció que estaba literalmente muerto de miedo.

Se levantó, con el bastón ya apagado.

—Lo mismo da —dijo—. Seyus me lo dirá.

Campo abandonó la casa. Tenía la seguridad de que el miedo a hablar, habría pesado en el ánimo de Fardlon más que cualquier otra consideración. Sólo torturándolo de una manera salvaje y despiadada, tal como lo había sido el infeliz Robbux, habría dado respuesta a sus preguntas, pero a Campo le repugnaban tales métodos.

Y, por otra parte, se trataba solamente de un pleito, no de un asunto de importancia vital para la Tierra.

Seyus hablaría, estaba seguro de ello.

Sólo faltaba buscar la ocasión propicia para entrevistarse cómodamente con él.

* * *

Mientras desayunaba, a la mañana siguiente, oyó los noticiarios:

—El pleito por la propiedad de Szawoo acapara la atención de los medios judiciales y forenses de la Liga de los Siete Sistemas...

Otra noticia:

—Se ha desplazado hasta nuestro planeta, en cuya capital se encuentra, el Gran Consejero W. W. Hyrm, invitado a la fiesta de cumpleaños de su particular amigo Brulk Mywus...

Tercera noticia:

—Las discusiones sobre economía de viajes y estadías prosiguen en el seno de la Comisión Restringida de Astronáutica del Gran Consejo... Las nuevas espaciolíneas establecidas en los doce años aconsejan una reconsideración sobre las condiciones de la actual estación espacial de empalme. Las opiniones en el seno de la citada Comisión están muy divididas, si bien parece que la mayoría, bastante exigua sin embargo, se inclina por aceptar las recomendaciones de la Asesoría de Viajes Interestelares...

Campo terminó el desayuno y se limpió los labios. Luego se acercó al videófono y marcó un número.

La pantalla se iluminó, si bien no apareció en ella ningún rostro.

—Hable, por favor —sonó la voz de Vessa.

—¿Dónde está usted? —preguntó Campo, asombrado.

—En el baño. Tengo un control remoto a mano. No quiero salir de la bañera sin haber terminado.

—Ah, comprendo. Tiene alguna noticia para mí, lady Vessa?

—Yo creí que era usted el que iba a dármelas, señor Campo.

—Bien, me refería a novedades en el caso Robbux.

—No, ninguna, todo sigue igual. ¿Y usted?

—Lo que ya sabemos: Seyus está detrás de todo esto, pero, aun así, sirve de escudo a alguien de importancia. De mucha importancia, lady

Vessa.

—¿Seguro?

—Pondría la mano en el fuego, créame. Es un pájaro muy gordo, pero no se me ocurre ningún nombre. Quizá usted...

—Lo siento —dijo ella.

—Bien, qué se le va a hacer. Luego iré a ver a una buena amiga mía.

—Joven y guapa, por supuesto.

Campo soltó una risita.

—No es competidora para usted —dijo.

—No pretendo hacer la competencia a nadie —contestó Vessa en tono displicente.

—A propósito, todavía tengo que entregarle el peto. ¿Recuerda?, le escribí hace un año, diciéndole que lo había recuperado. Usted no se dignó contestarme siquiera.

Vessa dudó un poco.

—Estaba... bueno, no tenía ganas de escribir en aquella época...

A Campo le sorprendió el tono de aquellas palabras.

—No me diga que le era imposible escribir dos líneas indicando la forma de devolución del peto —dijo.

—Si no le importa, prefiero no seguir hablando del tema —cortó Vessa con sequedad—. ¿Tiene algo más que decirme?

—Evidentemente, no, señora. Adiós.

Campo cortó la comunicación, irritado por las últimas palabras de la joven. Pero no tardó en recobrar su humor habitual.

—A fin de cuentas —se dijo—, ¿qué diablos me importa esa condenada orgullosa? Es sólo mi cliente y nada más.

* * *

Campo salió a la calle. En Grossford no había aceras deslizantes y la mayoría de la gente iba a pie o en vehículos propios, aeromóviles sobre todo. El lugar al que debía dirigirse estaba bastante lejos y por ello dudó en tomar un aerotaxi o caminar para hacer ejercicio.

Un aparato se posó en el suelo, a dos pasos de distancia. El piloto asomó la cabeza,

—¿Taxi, señor? —sugirió.

Campo hizo un gesto negativo.

—No, gracias —contestó.

—Entre, señor —insistió el taxista—. Le llevaré gratis.

Campo fijó la mirada en el individuo. Luego examinó la mitad posterior del vehículo.

Las cortinillas estaban corridas, tanto en las ventanillas externas como

en la separación entre los asientos de pasajeros y el del conductor. Este sonreía de un modo extraño.

—El viaje será gratuito —insistió.

Campo dio dos pasos hacia el vehículo. Llevaba la mano derecha en el bolsillo.

Con la izquierda abrió la portezuela. Una pistola le apuntó al pecho.

—Entre sin chistar o le abraso —dijo el sujeto.

La mano derecha de Campo se movió con inusitada rapidez. Una bolita de unos dos centímetros cayó dentro del aparato. Al mismo tiempo. Campo se tiraba hacia la izquierda.

El aparato se inundó instantáneamente de un humo espesísimo y maloliente. Dentro del aerotaxi se oyeron toses y maldiciones a partes iguales.

Campo se alejó a la carrera. Habíase sentido tentado en un principio de dejarse secuestrar, pero había rectificado. Quizá aquellos sujetos no le hubiesen llevado a presencia de la persona a quien buscaba, sino que, simplemente, lo hubieran asesinado en algún lugar desértico.

Minutos más tarde, encontraba otro aerotaxi, que le llevó a su destino. Se apeó, pagó la carrera y avanzó hacia el hotel en que se alojaba Dunna Faywes.

En conserjería le informaron del número de la habitación de la artista. Campo subió en el ascensor y llamó a la puerta.

Nadie le contestó. Insistió en sus llamadas y, al observar el silencio de Dunna, abrió.

—¡Dunna! —llamó.

La salita estaba desierta. De pronto, Campo notó un leve olor, de extraña procedencia.

Sus ojos se pascaron por la estancia. Bruscamente, un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Casi en el centro, sobre la alfombra, había un montoncito de polvo grisáceo, que podía caber en el hueco de una mano. Para un hombre como Campo, aquel polvillo sólo tenía un significado.

Se estremeció. Era todo lo que quedaba de Dunna Faywes.

Durante un segundo, su mente trabajó a toda presión. Dunna había muerto desintegrada, ¿Por su propio trabajo o por el que él le había encomendado?

El olor a transpiración seguía naciendo a muy corta distancia.

A su izquierda, al otro lado de la puerta. El asesino estaba allí; todavía no había tenido tiempo de huir, tras haber disparado su pistola atómica contra la encantadora danzarina.

Campo tiró de la puerta hacia sí, como simulando que se retiraba. Súbitamente, la abrió toda de golpe, empleando el máximo de fuerzas.

La puerta golpeó un cuerpo humano. Se oyó un rugido de dolor y luego el golpe de una persona al chocar contra el suelo.

Campo entró de un salto. Una mano armada se levantó hacia él, pero su pie hizo saltar la pistola por los aires.

El asesino se puso en pie de un salto. Era un sujeto fuerte, ágil, entrenado para luchar y matar en cualquier circunstancia.

Pero no era enemigo para Campo, quien, además, estaba ciego de cólera por el asesinato de Dunna. Sus manos agarraron al individuo por la cintura y lo izó en vilo. Al mismo tiempo, apretaba con todas sus fuerzas.

—¿Quién te pagó? —gritó.

Las costillas del asesino crujieron. Su cara se deformó por el dolor.

—Se... yus... —dijo entrecortadamente.

—Me lo figuraba —masculló Campo—. Bien, vas a tener su pago.

Tomó impulso y arrojó al sujeto con todas sus fuerzas.

Se oyó un terrible alarido. El asesino voló por los aires, atravesó la ventana y salió fuera del edificio.

El suelo de la calle estaba quince pisos más abajo.

CAPÍTULO XII

Seyus abrió la puerta de su casa, dio dos pasos dentro de la sala y, en el mismo momento, una fuerza irresistible lo despidió dando volteretas por los aires.

Cayó, lanzando un agudo grito. Al volverse para intentar levantarse, reconoció a su atacante.

—¡Campo!

—Yo mismo —dijo el joven.

Se agachó sobre Seyus y, tras levantarlo a pulso, lo despidió a lo alto.

Seyus chocó contra el techo, rebotó y se pegó el gran batacazo contra el suelo, en donde quedó, gimiente y dolorido.

Campo le dio una patada en el muslo derecho. Seyus lanzó un chillido.

—¿Quién es tu jefe? —preguntó.

—¿Le importa mucho? —sonó una voz a sus espaldas.

Campo se quedó inmóvil.

El hombre que acababa de hablar estaba armado, dedujo. Debía de haber pensado que Seyus no se movería sin guardaespaldas.

—Realmente, no me importa —dijo con una risita.

Seyus hacía esfuerzos por levantarse. Campo se inclinó cortésmente hacia él, con una mano extendida.

—Permítame —dijo.

Seyus aceptó inconscientemente la mano que le tendían. De súbito Campo dio un tremendo tirón hacia sí, a la vez que giraba en redondo.

Se oyó un grito. Seyus volteó en el aire. Campo lo soltó justo a tiempo de lanzarlo contra el guardaespaldas.

Los dos hombres rodaron por el suelo en confuso montón. Fuera de la casa se oyó ruido de pasos.

—¡Jefe, jefe! —gritó alguien en el exterior.

Campo decidió que no le convenía seguir más en aquel lugar y, lanzándose de cabeza hacia delante, atravesó la ventana más próxima. El otro guardaespaldas llegó demasiado tarde.

* * *

—Al menos, le di un buen susto, además de unos cuantos golpes, Pero eso no es bastante,

Vessa miró inquisitivamente a su abogado.

—Así, pues, opina que Seyus hizo asesinar a Dunna Faywee.

—De eso no me cabe la menor duda. Es más, creo que Dunna averiguó algo muy interesante. No en vano era uno de los mejores agentes del S.I.T.

—Pero seguimos donde estábamos —dijo ella en tono desanimado.

—No, puesto que sabemos que hay alguien detrás de «El Lobo».

—Por ahora, desconocemos su identidad.

—Eso es cierto —admitió Campo.

—Y los motivos por los cuales Yautu quiere quedarse con mi planeta.

—Sigo opinando que Yautu, pese a su apariencia, no es más que un hombre de paja en este asunto.

De pronto, llamaron a la puerta.

Campo cruzó la estancia para abrir.

—Hola, Jim —saludó alegremente, al ver al robot en el umbral.

—¿Molesto? —preguntó Jim.

—En absoluto. Entra, por favor.

—¿Cómo está, lady Vessa? —saludó el robot con toda cortesía.

—Gracias, Jim. ¿Traes alguna noticia?

—No son buenas, señora.

Hubo un momento de silencio.

—Has estado en la sede del T.S.S.S. —dijo Campo pasados unos segundos,

—Sí.

—¿Y bien? —preguntó ella,

—Lo siento. No hay constancia en los archivos de que Rohrux Pránor tomase posesión de Szawoo hace doscientos diecisiete años.

Vessa se consternó.

—Eso significa que he perdido el pleito —dijo.

—Pero ¿y los derechos de herencia? —alegó Campo.

—Sólo prueban que soy heredera de mis padres —respondió la joven.

—Bueno, pero usted ha tenido la propiedad de Szawoo durante años...

—Ilegalmente, según las normas. Sí, todos creían, y yo la primera, que Szawoo me pertenecía, hasta que Yautu presentó la demanda,

—Pero ¿es que nunca vio usted ni siquiera una copia del acta de conquista y posesión?

Vessa hizo un signo negativo.

Campo se mordió los labios.

Luego dijo:

—Tenemos una pista, pero no sabemos descifrarla. Robbux encontró algo, lo mismo que Dunna, pero ambos murieron sin poder revelar lo que habían averiguado.

—Lo cual significa que el Tribunal aceptará la demanda de Yautu y yo seré desposeída de Szawoo.

Campo guardó silencio.

Realmente, no tenía nada que decir.

Pero, a pesar de todo, no se daba por vencido.

—El juicio no se ha celebrado todavía —murmuró.

* * *

Campo se acercó al mostrador. Roga le vio y caminó ondulante hacia él.

—Eres caro de ver —dijo mirándole a través de sus espesas pestañas.

—He tenido trabajo, guapa.

—¿Trabajo de espía?

Campo se sobresaltó.

—¿Por qué dices eso?

—La mitad de los forasteros son espías. La otra mitad son ladrones o asesinos o las dos cosas a la vez. Eso en lo que se refiere al sexo masculino. En cuanto a las mujeres...

—No sigas, me lo imagino. Ponme de beber, Roga.

Ella llenó media jarra. Campo tomó un par de sorbos.

—Me gustaría pedirte un favor, pero quizá no quieras aceptar —dijo.

—¿De qué se trata?

Campo estudió a la joven un instante.

—Oye, eres muy fuerte —observó de pronto.

Roga sonrió complacida.

—Como todas las oriundas de Jubou —contestó orgullosamente.

Campo respingó.

—¡Cómo! ¿Eres de Jubou?

—Allí nací. Pero me cansé de ser una «loba». Aquí gano mucho dinero y me divierto bastante, además. Jubou es un mundo muy aburrido.

—Comprendo. ¿Qué me dices de Yautu?

Roga hizo un gesto despectivo.

—¡Bah! Un fanfarrón sin seso. Tiene la suerte de que heredó el planeta, nada más. Pero su inteligencia es la de un tronco de árbol.

—Cualquiera diría que lo conoces muy bien, Roga,

—Tengo motivos para ello. Figuré en su escolta durante dos años.

—¿Y te dejó ir cuando te cansaste de acompañarle?

—Tuve la precaución de firmar un contrato antes de entrar a formar parte de su guardia.

—Y luego no lo renovaste.

—Me aburre el papel de «adorno», no sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente, Roga.

—Aquí gano dinero. Un día tendré lo suficiente para abrir una taberna

por mi cuenta, aunque quizá tenga que irme con la música a otra parte.

Campo se extrañó de aquellas palabras.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Se supone que es un secreto, pero el vino desata muchas lenguas y conviene tener los oídos bien abiertos —respondió la joven—. Es muy probable que Grossford X pierda su papel de estación espacial de empalme.

—¡Caramba! ¡Sería la ruina del planeta!

—Sí, sobre todo, para Mywus.

—¿Conoces a Mywus?

—Aquí no viene, claro, aunque la taberna es suya; pero yo le vi en Jubou hace algunos meses, antes de despedirme de Yautu. No sé a qué diablos iría ese gordo a Jubou, ni tampoco me importa mucho.

Campo se puso rígido al oír aquellas palabras.

—¿Has dicho que Mywus estuvo en Jubou hace algunos meses? —preguntó.

—Sí —confirmó Roga—. Yo no lo conocía entonces, pero luego vi una fotografía suya en Grossford X. Oye, ¿qué te pasa? —exclamó ella de pronto—. ¿He dicho algo inconveniente?

Campo sonrió.

—Nena, ¿adónde has dicho que quieres poner tu taberna? —preguntó.

—En algún sitio donde se pueda hacer negocio, desde luego —contestó Roga—. Pero eso cuesta mucho dinero...

—¿Cuánto?

—¡Oh, entre ciento cincuenta y doscientos mil! —respondió la joven.

Campo palmeó una de las manos de Roga.

—Cuando hayas elegido el emplazamiento para tu taberna, avísame; tendrás el dinero necesario para montarla —dijo.

Y antes de que la sorprendida camarera pudiera decir algo, echó a correr hacia la salida.

Quince minutos más tarde, estaba en presencia de Vessa.

—¡Tengo noticias para usted! —gritó, apenas entró en la habitación.

—Yo también tengo que darle una muy buena —contestó ella—. Pero hable usted primero, por favor.

—Le daré un nombre; Brulk Mywus.

—¡Mywus! —Vessa se sorprendió en un principio, pero luego dijo—: Es natural, no podía ser otro.

—¿Cómo lo sabe?

—Es un tipo muy ambicioso, de la clase de hombres que querrían fundir todos los planetas de la Liga en uno solo y él su único dueño.

—Bueno, eso sólo no es suficiente...

—Piense, hombre, ¿quién hay capaz, hoy día, de pagar dos mil millones de golpe? Sólo Mywus,

—Entiendo. Pero si pensaba pagar esa suma, no era por filantropía.

—¡Oh, claro que no! Lo menos piensa ganar mil millones en la operación. O quizá otro tanto de lo que invierta.

—Es muy probable. Dadas sus cualidades, no me extrañaría nada —admitió Campo—. Pero usted tenía una noticia que darme —recordó de pronto,

—Sí. Ya he descifrado la clave de Robbux.

—¿De veras?

Los ojos de Vessa brillaban de un modo singular.

—El peto —dijo lacónicamente.

CAPÍTULO XIII

—Aunque lo dejaron por muerto, Robbux vivía todavía —habló Vessa tras un corto intervalo—. Pudo soltarse una mano y, con su propia sangre, escribió en la pared, de la cabecera de su cama. Las fuerzas, sin embargo, le fallaron antes de terminar su mensaje.

—Eso me parece evidente, lady Vessa. Pero, ¿cómo lo ha deducido usted? —preguntó Campo.

—Por pura casualidad —repuso ella—. Vea el papel en que escribí la clave, según lo indicó usted.

Vessa le enseñó una cuartilla en la que estaban escritas las cuatro letras, con grandes caracteres.

—Es esto lo que usted leyó, ¿no?

—Muy aproximado, desde luego.

—Bien, vea a ver qué lee ahora.

Vessa invirtió la posición de la cuartilla. Campo permanecía callado.

—¿No lo comprende? —dijo la joven—. Robbux escribió en la pared, pero, dada su postura, lo hizo como si tuviera los pies en el techo y la cabeza apuntando hacia el suelo; es decir en situación invertida.

—Pero las vocales...

—Nosotros creíamos que las escribió tipográficamente. Por eso nos parecieron «aes», en lugar de «e». Una escritura forzosamente alterada por sus condiciones físicas en aquel momento, compréndalo.

Campo hizo un gesto de asentimiento.

—Lo que nosotros leímos «ad ja» es, en realidad, «el pe...» ¡Pero hay una «j»! No se puede tomar, invertida, como una «1».

—Escriba esas letras otra vez, hombre. ¿Vio usted el punto sobre la supuesta «j»?

—No, sólo un trazo recto...

—Que con la «e» invertida, que se tomaba como una «a», daba «ja», cuando lo que quería decir era «el». Y, por tanto, la frase que iniciaba era «el peto», pero Robbux sólo pudo escribir las cuatro primeras letras. No tuvo tiempo para más, señor Campo.

—Sí, ahora ya entiendo. Pero ¿qué hay en el peto, lady Vessa?

Ella levantó los brazos al cielo.

—¡Y este tipo fue un día agente del S.I.T.! —clamó—. ¡El acta, hombre, el acta!

—¡Rayos! —exclamó Campo—. Entonces, con ese documento, podremos probar de modo incuestionable sus derechos a Szawoo.

—Eso espero —sonrió Vessa.

Campo sonrió también.

—Deposité el peto en un banco apenas llegué —dijo—. Se lo traeré lo antes posible y usted se encargará de buscar el documento.

—¿No me ayudará usted? —se extrañó Vessa.

—Es probable que sea necesario despiezar el peto. Jim la ayudará, en todo caso.

—¿Adónde va usted? —preguntó ella, intrigada.

—Tengo que hacer dos visitas —respondió Campo, sin entrar en más explicaciones.

* * *

Yautu entró en el salón de la residencia que había alquilado durante su estancia en Grossford X y se detuvo casi en el acto,

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó en tono malhumorado—. ¿Te ha dejado entrar esa tonta de Maora?

—No, no lo sabe ninguna de tus chicas —sonrió Campo, cómodamente sentado en un sillón, con una copa en las manos.

—Parece como si quisieras hablarme a solas —dijo Yautu, con un fruncimiento de cejas.

—Sí.

Yautu agarró una botella.

—Está bien. Habla —invitó.

—Eres tú el que ha de hablar, Yautu. Por ejemplo, para decirme los motivos de la misteriosa visita que te hizo meses atrás un gordo sujeto llamado Brulk Mywus.

El gigante se quedó inmóvil.

—Te lo ha dicho Maora —gruñó.

—No. Ella sólo mencionó a un tipo gordo, pero no lo conocía entonces. Ni ahora, creo. Sin embargo, no voy a revelarte la fuente de mi información. Pero Mywus estuvo a verte, probablemente para empujarte a presentar la reclamación sobre Szawoo.

—Eres muy astuto. —Yautu entornó los ojos—. Has conseguido averiguarlo, pero la sentencia me será favorable.

—Quizá —dijo Campo, impasible—. La duda estriba en saber cuánto tiempo tardarás en perder los derechos sobre Szawoo.

—¡Nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca! ¡Szawoo será siempre mío! —tronó el gigante.

Campo soltó una risita.

—Yautu, ¿cuánto dinero le debes a Mywus?

Hubo un instante de silencio.

—Lo sabes todo —dijo Yautu al cabo.

—Me lo imagino. Jubou es un planeta relativamente pobre y, aunque tú presumas de hombre semisalvaje, llevas, en realidad, un tren de vida principesco. Jubou produce sólo lo justo para vivir, sin apuros, desde luego, pero también sin lujos. Cuando menos lo esperes, Mywus te presentará sus pagarés al cobro. ¿Cómo saldarás la deuda?

—Tendré dinero…

—¿Quién te lo facilitará? En Jubou no usáis moneda. Por tanto, tu cuenta corriente está en alguno de los bancos de Grossford X, todos los cuales pertenecen a Mywus.

—¡Viajaré a otro planeta! ¡Con la garantía de Szawoo obtendré un préstamo...!

—Yautu, no he leído vuestro contrato, pero estoy seguro de que el préstamo que te hizo Mywus debe ser cancelado dos días después del juicio.

—¡Maldición! Pero ¿es que te lo ha dicho el propio Mywus?

Campo se echó a reír.

—No, «Lobo», no; sólo procuro pensar como lo haría él —dijo. Apuró la copa y se puso en pie—. Perderás Szawoo y por afortunado podrás darte si continúas siendo dueño de Jubou. Pero en fin, eso ya no será de mi cuenta.

El joven se encaminó hacia la salida. La mano de Yautu le detuvo bruscamente.

Los ojos de «El Lobo» despedían llamas.

—No ganarás el pleito —vaticinó.

—Tú lo has perdido ya, desde el momento en que te aliaste con ese bandido de Mywus —respondió Campo tranquilamente.

Y salió.

Detrás de él se produjo una tremenda explosión de ira, traducida en un torrente de imprecaciones de todos los calibres.

—¡Qué lenguaje! —se escandalizó Campo.

* * *

El hombre cenaba en una gran terraza, situada a bastante altura sobre la ciudad, que se veía brillantemente iluminada al fondo. Había abundancia de plantas y flores en la terraza, en la que reinaba una agradable temperatura.

Dos hermosas camareras, sucintamente vestidas, estaban pendientes de los menores deseos del comensal, quien parecía absorbido en saborear los manjares. Brulk Mywus no se daba cuenta de que unos ojos, situados a ras del parapeto de la terraza, espiaban sus menores movimientos.

La cena terminó al fin. Mywus se limpió los labios y las camareras

retiraron la mesa sobre sus ruedas. Mywus lanzó un eructo de satisfacción y reclinó su gruesa humanidad sobre el respaldo de su sillón graduable automáticamente en inclinación.

Entonces fue cuando Campo saltó a la terraza. Avanzó dos pasos y se detuvo frente al gordo.

—Hola —dijo.

Mywus abrió los ojos sobresaltado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Earl Campo, abogado terrestre.

—Campo —murmuró Mywus—. El nombre me suena.

—Lo ha oído demasiadas veces —sonrió el joven—. En relación, claro, con el pleito de lady Vessa Pránor.

—Yo no tengo nada que ver con ese pleito, Campo.

—¿De veras? Usted lo que quiere decir es que no querría tener nada que ver con ese pleito. Por eso envió a un tipo llamado Fardlon con un cheque de dos mil millones. Naturalmente, sin firmar.

—Nunca he oído hablar de semejante cheque.

—Es usted un astuto negociante, pero un pésimo embustero. Miente muy mal, Mywus. ¿O también va a negar la visita que hizo a Yautu hace algunos meses atrás?

Los ojillos del negociante chispearon.

—Está usted muy bien informado —comentó.

—Lo estoy, como también de los préstamos que, con largueza, ha hecho usted a Yautu y que vencen, si no me equivoco, y creo que no, dos días después del juicio.

Mywus se puso pálido.

—¿Se lo ha dicho él?

La pregunta era una confesión. Campo se echó a reír.

—No. Simplemente, lo he deducido yo —repuso—. Yautu es un poco vano y con menos seso del que aparenta. Cayó muy fácilmente en la trampa que usted le tendía. Así, ganará el pleito y dos días después, usted le presentará los pagarés al cobro. Como no podrá devolverle el dinero anticipado, porque usted ha atado bien los cabos, Yautu tendrá que pagarle con su recién adquirido planeta. Naturalmente, usted no querrá aceptar Jubou como pago de esa deuda, ¿verdad?

—¿Cómo sabe usted que me quedaré precisamente con Szawoo y no con Jubou?

—Quizá tenga algo que ver con ello la visita que le ha hecho el Gran Consejero Hyrm.

Mywus se quedó mudo.

—Me he creado un mal enemigo —dijo al cabo—. Debí haberle atraído a mis filas. Y quizá sea tiempo, todavía, Campo.

—Sé lo que quiere decir y le daré mi respuesta. Mire, yo carezco de ambiciones, al menos a escala casi cósmica, como usted. Me basta un buen pasar, que me permita vivir sin agobios. Uno, dos o cien millones no me harían mucho más feliz de lo que soy ahora. ¿Lo comprende?

—Sí, pero hay algo en lo que no ha reparado usted.

—Dígame, Mywus.

—Si tan seguro estoy de ganar Szawoo, ¿por qué iba a pagar dos mil millones de «garants» para conseguir su propiedad?

—Precisamente porque no tiene la seguridad de que Yautu gane su pleito —respondió el joven.

—Las actas no han aparecido, ni el original ni la copia legalizada —arguyó Mywus.

—El original ha desaparecido de los archivos y sospecho que la visita de Hyrm tiene mucho que ver con esa desaparición. Pero la copia legalizada existe y será presentada en el momento del juicio.

—¿Dónde está? —preguntó el negociante con rapidez.

Campo se echó a reír.

—¿Cree que soy tan tonto como para decírselo? —respondió.

CAPÍTULO XIV

Seyus entró en la terraza. Su jefe dormitaba en apariencia, con las manos cruzadas sobre su prominente barriga.

—¿Eres tú, Seyus? —preguntó Mywus sin abrir los ojos.

—Sí, señor. Traigo noticias...

—No irás a decirme que Campo ha estado conmigo.

—¿Qué? —resopló Seyus.

—Todavía no hace un cuarto de hora que se ha ido. Y me ha dado muchas noticias.

—¿Qué clase de noticias?

—La copia legalizada del acta de conquista y posesión de Szawoo ha aparecido.

Seyus se quedó sin aliento.

—Eso es imposible —resopló.

Mywus abrió los ojos.

—Hamin, cuidado con lo que dices.

—Perdón, señor —se disculpó el sujeto—. Mis agentes han registrado a fondo el equipaje de lady Vessa y no han podido encontrar rastro de esa copia. Y me consta que ella no la tiene y que ignora dónde se encuentra.

—Campo no miente, Hamin —insistió Mywus—. No se habría marcado un farol sólo por darse el gusto de cortarme la digestión.

Seyus se acarició la puntiaguda mandíbula.

—Ella no tiene el documento, eso es absolutamente seguro —murmuró con acento pensativo.

—Lo cual significa que está en poder del abogado. Pero ¿dónde lo guarda Campo?

—Espere un momento —dijo Seyus—. Cuando Campo llegó a Grossford X depositó una joya en el Cuarto Banco. Era el peto de ceremonias de las hembras de Oránor. Sé que a ella se lo robaron en la Tierra y que Campo lo recuperó.

—¿Tiene algo que ver el peto con...?

—Espere, jefe. Hoy Campo fue al Banco y lo sacó, llevándolo inmediatamente al hotel donde se hospeda ella. Tengo el presentimiento de que el acta está escondida en alguna parte de la joya.

—¿Tú crees?

Seyus sonrió.

—Es el lugar menos conspicuo —dijo—. Y pronto lo vamos a saber. Con permiso...

Seyus entró en la casa y se fue hacia el videófono. Marcó un número, habló breve y rápidamente y luego regresó junto a su jefe.

—Todo listo, señor. Mañana por la mañana, tendremos el peto —afirmó, satisfecho.

—Y bastará despiezarlo para encontrar el documento.

—Exactamente, señor —confirmó Seyus con una amplia sonrisa.

* * *

El tañido de la campanilla del videófono penetró insistentemente a través de las brumas del sueño hasta alertar el cerebro del durmiente. Earl Campo gruñó algo entre dientes, maldijo al inoportuno y acabó por levantarse.

La pantalla del aparato le mostró el consternado rostro de Vessa.

—Ha sucedido algo terrible —dijo ella, apenas hubo establecido el contacto.

—Muy terrible debe ser, para despertarme antes de amanecer —convino Campo, entre bostezo y bostezo—. ¿No podía esperar un rato?

—¿Cree que lo que me ha sucedido admite espera? —replicó Vessa, colérica—. ¡Me han robado el peto!

Campo se espabiló en el acto.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hace cuestión de media hora. Oí ruidos en mis habitaciones, me levanté y lo único que vi fue un chorro de gas narcótico. Perdí el sentido casi instantáneamente y ahora acabo de recobrarlo.

—Comprendo —dijo él, inspirando con fuerza—. Usted sospechó en el acto los motivos del ataque.

—¿Qué otra cosa podrían querer los intrusos? Apenas desperté, fui en busca del peto y ya no estaba allí.

—¿No lo había despiezado aún?

—No, simplemente le habíamos quitado el forro acolchado interior, en el cual, desde luego, no había nada. Es decir, ni dentro del forro ni entre éste y el metal. Jim me ayudó, pero se mostró incapaz de sugerirme una idea para encontrar el acta.

—Es curioso —murmuró él—. ¿Cómo habrán sospechado del peto?

—¿No dijo usted que lo tenía guardado en un Banco de Grossford X? Todos pertenecen a Mywus y en esos lugares, el secreto bancario en una pura entelequia. Mywus está enterado siempre de todo lo que puede interesarle.

—Además, ladrón —comentó el abogado.

—Tanto como eso... Si robase a sus clientes, tendría que cerrar los bancos, pero no le cuesta nada aprovecharse de los informes que le pasan

sus altos empleados. Me imagino que el peto fue considerado de la suficiente importancia como para comunicárselo.

—Sobre todo, teniendo en cuenta quién es la dueña.

—Justamente. Oh, Earl, ¿qué vamos a hacer ahora? —se lamentó la joven.

—No sé —respondió él—. Me siento francamente preocupado. Las leyes de la Liga son un tanto raras... No sé por qué el Tribunal ha tenido que admitir la demanda.

—Es la ley y no podemos discutirla, Earl —dijo Vessa.

—Por supuesto, aunque sí se podría hacer algo por mejorarla. Pero las especulaciones en este sentido no resuelven nada. Tendré que idear algo, aunque de momento no se me ocurre nada viable.

—Earl, ¿y si la clave de Robbux no aludiese al peto?

—Entonces, ¿por qué lo han robado?

—Tiene razón —declaró Vessa muy desanimada —. Me dan ganas de abandonar...

—Aún no se ha perdido todo. Puede que vaya a hacer una visita a ese gordo forajido.

—¿Y qué le dirá, Earl?

—Quizá le meta el miedo en el cuerpo. Parece muy apegado a la vida.

—Podríamos vernos en un compromiso, Earl —dudó Vessa.

—Sí, eso es lo que pienso yo. No sé, Vessa —contestó él—; déjeme reflexionar.

—Ya no quedan muchos días para el juicio —le recordó ella suavemente, sin hacer la menor alusión a la supresión del tratamiento.

—Demasiado lo sé —gruñó Campo.

Después de cortada la comunicación, se tendió en la cama y reflexionó largo rato. Tanto tiempo estuvo pensando que acabó por quedarse dormido nuevamente.

Al despertar, encontró, desalentado, que su consulta a la almohada, en contra de lo que afirma el refrán, había sido estéril.

—Total, que como no dé con una buena idea, perderemos el pleito, porque, ¿quién demuestra que nos han robado el acta, si ni siquiera podemos probar que estaba en el peto? Y aunque así fuera, ¿podemos demostrar que el robo se produjo por orden y en beneficio de Mywus?

Aquellos argumentos, por el momento, resultaban irrebatibles, reconoció Campo, presa del desánimo.

CAPÍTULO XV

La mano del individuo golpeó el hombro de Campo. Una voz sonó con tonos joviales:

—Hola, sabueso. ¿Qué te sucede? Pareces una gallina mojada...

Campo estaba acodado melancólicamente en la barra del hotel en que se alojaba Vessa. Había hecho una investigación a fondo de las habitaciones de la joven, sin encontrar pista alguna que mereciese la pena.

Volvió la cabeza. Sus ojos se dilataron por el asombro al reconocer al individuo que acababa de saludarle.

—Roy —dijo—. Pero ¿qué diablos haces tú aquí, en Grossford X?

«El Anguila» hizo un gesto con la mano, como si se ajustase un inexistente nudo de corbata.

—Ya ves —contestó—, aquí, de vacaciones.

—¡Hum! Roy, tú nunca estás de vacaciones. ¿Has venido a ejercitar los dedos?

«El Anguila» se echó a reír.

—¡Qué cosas tienes! —respondió—. Lo creas o no, me he retirado del oficio—. Bajó la voz—. Una viuda rica se encaprichó de mí en la Tierra, ¿sabes?

—No sería terrestre, Roy —dijo Campo con sarcasmo.

—Tienes razón, sabueso. Es de Morbry IV y se ve que le gusté. No es que sea una chiquilla, pero, aunque madura, está de muy buen ver todavía. Y lo más importante: apalea el dinero, así como suena. Si fuese granjera, en los graneros, en lugar de trigo, tendría montones de billetes y monedas.

—Naturalmente, no podías desperdiciar una ocasión así.

—Earl, los años no pasan en balde —suspiró el antiguo ladrón—. Pronto cumpliré los cincuenta y es hora ya de tomarse las cosas con calma. Dayra, mi futura, quiero decir, también es de mi opinión. Puesto que los dos pensamos igual...

—Habéis decidido vegetar juntos.

—Hombre, tanto como vegetar... Una vida apacible, bucólica, campestre, sin que falten comodidades, por supuesto. Morbry IV es un planeta muy hermoso. Espero que vengas a vernos allí algún día.

—¿Quién sabe? —sonrió Campo—. Te felicito Roy.

—Gracias, muchacho —contestó «El Anguila»—. Bueno, me marcho, porque mi muñequita me estará esperando ya... Ah, se me olvidaba.

«El Anguila» introdujo la mano en el bolsillo y sacó una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma.

—Toma, te la devuelvo —dijo.

—¿Escrúpulos, Roy? —sonrió Campo.

—No, no vale apenas. Fui a venderla y el «perista» me dijo que tenía tantas impurezas, que estaba tentado de cobrarme dinero sólo por examinarla. Cuando puedas, se la devuelves a su dueña. Si no le gusta, que la tome por modelo para reproducir otra con una esmeralda limpia.

—Así lo haré. Suerte, Roy.

—«Ciao» —se despidió «El Anguila» con aire desenvuelto.

Al quedarse solo, Campo hizo saltar la esmeralda en la palma de la mano. Era una gema que, de no haber tenido as impurezas que afirmaba «El Anguila» —y debía reconocérsele veracidad en este sentido—, hubiera valido al menos media docena de millones.

—Es curioso —murmuró—. Una gema con impurezas... no parece lógico en un peto de ceremonia.

Sosteniéndola con dos dedos, contempló la piedra al trasluz. Sí, en su interior se divisaba una raya oscura que medía unos dos centímetros de largo por tres milímetros de anchura aparente.

Campo frunció el ceño.

Aquella impureza no parecía natural, producto de una deficiente cristalización.

Campo empezó a pensar.

Había mucho que pensar, en efecto.

CAPÍTULO XVI

El Tribunal Superior de la Liga de los Siete Sistemas estaba en sesión. Los diecisiete jueces, vestidos con severas togas de color escarlata, se hallaban en el estrado. Ujieres, secretarios y alguaciles ocupaban sus puestos.

Vessa ocupaba el lugar de la parte demandada. Jim estaba a su lado.

En el sitio destinado al demandante, Yautu sonreía, acompañado de su abogado. Había bastante público, aunque serían televisadas.

Hamin Seyus asistía también, acompañado de un individuo a quien Campo no tardó en reconocer.

—¿Qué diablos hará aquí Igor Korbzan? —murmuró.

Estaba en el banco situado inmediatamente detrás de Vessa. La presencia del asesino profesional le preocupaba.

—¿Estará aquí como una especie de as en la manga? —se preguntó.

La voz del presidente sonó de súbito:

—Se declara abierta la sesión. Secretario, lea términos de la demanda.

—Sí, señor.

El secretario, situado a la derecha del tribunal, se puso en píe:

—Se inicia este juicio por demanda de Yautu-Jri-Sharv, en solicitud de que le sea atribuido permiso para extender acta de conquista y ocupación del planeta denominado Szawoo, perteneciente al Cuarto Sistema, actualmente en ilegal posesión por parte de Vessa Pránor,

«El demandante asegura poseer todos los requisitos para llevar a cabo su solicitud. La demandada afirma ser la dueña legal de Szawoo.

El secretario se sentó. Yautu dirigió una mirada de burla a Campo.

Earl permaneció impasible. El presidente se dirigió a «El Lobo».

—¿Se ratifica en su petición el demandante?

—Sí, señor —contestó por Yautu por su abogado—. Y creemos que es una petición ajustada a derecho.

—Perfectamente. Ahora, la demandada. Su abogado expondrá los motivos por los cuales considera infundada la demanda.

—Perdón, señor presidente —dijo el abogado de Yautu—. A la demandada la representa un robot. Estimo que no es legal y, por tanto, debe nombrar nuevo abogado.

Jim se puso en pie.

—Con la venia, señor presidente —habló pausadamente—. He estudiado a fondo las leyes de la Liga y no he encontrado en ellas la menor referencia a la inconveniencia formal acerca del hecho que un robot

represente a un humano ante un tribunal. Por el contrario, la jurisprudencia sentada por el Tribunal Superior, en su Cuadragésimo Sexta Sesión de Revisión y Compilación de Leyes de la Liga, realizada durante el Año Jurídico de 2.933, Tiempo Interestelar, afirma que, en todo caso, el riesgo asumido por el humano al dejarse representar por un robot es suyo, solamente suyo y que no debe permitírsele revisión, suspensión de sentencia si ésta le es adversa, como tampoco la presentación de recurso por inhabilidad, incompetencia o avería mecánica de su defensor. Por tanto, mi presencia ante este Tribunal es completamente legal.

El presidente hizo un gesto afirmativo.

—Cierto, acepto los alegatos del robot.

—¡Bravo, Jim! —musitó Campo—. Menuda andanada les has soltado.

Yautu tenía la boca abierta. Maora miró a Campo y le guiñó un ojo sin que lo viese su jefe.

El defensor de Yautu se sentó, abrumado. Seyus se removió en su asiento, inquieto.

—Me parece que guardan una carta en reserva —masculló.

—Yo tengo otra también —dijo Korbzan, a su lado.

—Ahora, el representante de la demandada deberá rebatir los argumentos del demandante —decretó el presidente.

—Señor, mi representada se considera dueña legal de Szawoo y estamos en condiciones de probarlo —dijo Jim.

—¿Con una copia legalizada, al menos, del acta de conquista y posesión? —preguntó el abogado de Yautu.

—En efecto.

—Enséñela a este tribunal —pidió el presidente. Jim sacó un documento de su cartera, abandonó su estrado y se acercó a la mesa de los jueces.

—Aquí está, señor —dijo—. Es una ampliación fotográfica de la microfotografía del original, que guardó también a disposición de este tribunal,

Seyus se puso pálido de furor.

—¡Maldición! —juró entre dientes—, Pero, ¿dónde...?

—En el peto no estaba. Desmontamos hasta las piedras preciosas —rezongó Korbzan.

El presidente leía atentamente el documento. Al terminar, se lo pasó al juez que tenía a su derecha, quien lo leyó con no menor atención, en medio de un silencio tenso y expectante.

—Opino que es auténtico —dijo al fin el juez consultado.

Otro de los jueces tomó el documento. Un cuarto pidió el microfilm y una lupa.

Al cabo de unos instantes, el que examinaba el microfilm dijo:

—Es auténtico. En esta película se ve el sello de autentificación de los archivos.

La sentencia, por tanto, sólo podía ser una:

—Queda rechazada la demanda de Yautu-Jri-Sharv, contra Vessa Pránor, a quien, desde este momento, se confirma solemnemente en todos los derechos sobre Szawoo, Yautu-Jri-Sharv deberá abonar a la demandada una indemnización de quinientos mil «garants», a fin de que ella pueda atender a los gastos que se le han ocasionado innecesariamente —declaró el presidente con voz campanuda—. Caso fallado. Se cierra la sesión.

Vessa dejó escapar un hondo suspiro de satisfacción. Jim empezó a recoger sus papeles.

En cuanto a Yautu, tenía la cara de mil colores. Seyus, pálido de rabia, y se levantó y huyó, seguido de Korbzan.

Campo presenció la huida, con el ceño arrugado. A su lado, Vessa dijo:

—Nunca creí lograrlo. Casi me parece un sueño, Earl.

—A decir verdad, todo se debe a un golpe de suerte —confesó el joven —. Si yo no me hubiera tropezado con Roy «El Anguila»... Pero no es cosa ya de hablar de este asunto. Vessa, no cante victoria todavía.

Ella le miró perpleja.

—La sentencia del tribunal está bien clara —alegó—. Luego me entregarán los documentos definitivos...

—Hay algunos que no quieren darse por vencidos todavía —insistió él —. Y lo mejor que podemos hacer es estar preparados. Por lo menos, yo —concluyó Campo sombríamente.

Yautu se acercó a ellos, antes de que la joven pudiera pedirle explicaciones. Simulando un buen humor que estaba muy lejos de sentir, hizo una gran reverencia y luego dijo:

—La felicito, lady Vessa. Ha sido un golpe muy efectista, pero me ha derrotado.

—Usted sabía desde el primer día que su demanda era injustificada —contestó ella con sequedad.

Yautu se encogió de hombros.

—Quise probar suerte —repuso,

—La has tenido pésima, «Lobo» —terció Campo—. No olvides pagar los quinientos mil. Parte de ese dinero son mis honorarios,

—Enviaré un cheque a su hotel mañana mismo, lady Vessa —prometió el gigante.

—¿Te quedan fondos? ¿Vas a pedirle más dinero a Mywus?

La irónica pregunta procedía de Campo. Yautu le dirigió una mirada colérica.

—Mywus y yo hemos terminado —declaró.

—No te hagas ilusiones. Mywus hizo en ti una inversión y ha perdido.

Querrá recuperar el dinero que te anticipó y, si no recuerdo mal, pasado mañana vence el plazo. Por lo que yo sé, Mywus es hombre que no perdona un solo préstamo, aunque nada más sea de cinco centésimos. Sin querer burlarme de ti, yo juraría que te has quedado sin Jubou.

Yautu emitió una maldición.

—¡Por todos los diablos! ¿Puede saberse cómo te enteraste de que el préstamo que me hizo Mywus debe ser cancelado pasado mañana? —gruñó.

—No lo sabía, pero lo deduje, «Lobo» —sonrió el abogado.

—Está bien, pero, ¿no puedes decírmelo? —pidió Yautu ansiosamente.

—Claro que sí.

Campo habló rápida y brevemente. Al terminar Yautu se quedó perplejo.

Estuvo silencioso unos instantes. Luego, rascándose la espesa pelambrera, dijo:

—Con que era eso, ¿eh? Está bien, me parece que Mywus y yo vamos a tener que ajustar cuentas... ¡y va a ser un ajuste a mi manera! ¡Vamos, chicas!

Yautu se alejó a grandes zancadas, seguido de su cohorte de muchachas cubiertas de pieles. Maora pasó junto a Campo, sería, orgullosa, sin mirarle siquiera a la cara.

Era un episodio que debía estimarse concluido, pensó Campo. La voz de Vessa le sacó de su abstracción.

—Temo por Mywus —dijo ella.

—Yo no, ni me importa en absoluto lo que le pueda suceder —respondió Campo duramente—. Me acuerdo de Stygor y de Avner y de Robbux y de Dunna Faywee... Cualquier cosa que le haga Yautu se lo tendrá bien merecido.

La sala había quedado vacía. Jim aguardaba respetuosamente a un lado.

—Será mejor que regresemos, Vessa —propuso él.

—Sí, Earl.

Salieron en silencio y se dirigieron al astropuerto. Grossford X estaba a unas pocas horas de luz de viaje.

Mientras se dirigían hacia el astropuerto, Vessa dijo:

—¿Vuelve a la Tierra, Earl?

—Claro —sonrió Campo—. Aquí ya he terminado mi labor.

—Me decepciona usted.

—¿Por qué, Vessa?

—Pensé que le agradaría conocer mi planeta.

—Tengo asuntos pendientes en la Tierra.

—¿Es que no puede tomarse unas vacaciones?

—Quizá más adelante...

Vessa se mordió los labios.

—Está bien —dijo—. Mañana le enviaré el importe de sus honorarios, más lo que pagó por el rescate del peto.

—No lo he rescatado todavía. Lo tiene Mywus.

—Pero pagó por él en cierta ocasión...

—¡Bah, olvídelo! No merece la pena.

Ella se encogió de hombros,

—Como quiera, Earl. Sólo voy a pedirle una cosa —manifestó.

—Lo que guste, Vessa.

—No se vaya sin despedirse de mí, por favor,

—Se lo prometo —respondió Campo con voz normal.

CAPÍTULO XVII

La joya centelleaba bajo la luz de las lámparas. Seyus contemplaba el peto con ojos de codicia

Korbzan estaba a su lado. Su expresión era idéntica a la de Seyus.

—¿Qué vamos a hacer con el peto? —preguntó.

Seyus sonrió.

—El jefe no dijo nada al respecto —contestó significativamente.

—Vale muchos millones, Hamin.

—Sí, lo sé. Pero no podemos venderlo tal como está. Es una joya demasiado conocida.

Korbzan suspiró.

—Habrá que vender aparte las piedras preciosas. Tendremos que fundir el oro y ello bajará su valor a una cuarta parte —se lamentó.

—De todas formas, obtendremos doce o quince millones, por lo menos. Pero antes...

—¿Sí? —dijo Korbzan.

Los ojos de Seyus emitieron un maligno destello.

—Igor, yo no podría dormir a gusto sabiendo que Campo anda por ahí —dijo.

—Entiendo —contestó el asesino—. Yo también tengo ganas de tomarme el desquite.

Seyus acarició las joyas.

—Tendrás la mitad cuando me presentes pruebas de que Campo está fuera de la circulación definitivamente —dijo.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Korbzan, dubitativo, preguntó:

—¿Lo aprobará el jefe?

Seyus miró a través de la ventana de la estancia. La terraza se veía al fondo. Mywuss cenaba tranquilamente, al menos, en apariencia.

—Igor, no tiene por qué saberlo —dijo Seyus al cabo.

—Muy bien. De modo que la mitad del peto si Campo...

—¿Hablaban de mí? —sonó una voz alegre en aquel instante.

Los dos hombres se quedaron paralizados por el asombro.

—Ah, eso es estupendo —siguió diciendo el recién llegado—. Estoy viendo algo que me evitará hacer preguntas que ustedes estimarían enojosas.

—¿Ha venido a llevarse el peto, Campo? —preguntó Seyus, sin volverse.

—Justamente —confirmó el joven.

Seyus y Korbzan cambiaron una rápida mirada. La mano de Korbzan empezó a deslizarse hacia el interior de su camisa.

—El peto está aquí por un error —dijo Seyus, tratando de ganar tiempo.

—Sí, un error parecido al que costó varias vidas: Stygor, Avner, Robbux, Dunna Faywee... Y también Korbzan entró en las habitaciones de lady Vessa por error. Quizá pensó que era la entrada a alguna astronave, pero, ya que el peto estaba allí, opinó que podía llevárselo. Fue una lástima que no encontraran el microfilme, ¿verdad?

Seyus emitió una interjección de rabia. Campo rió suavemente.

—Fue una idea estupenda la del padre de Vessa —continuó—. La esmeralda había sido dividida en dos y luego, una vez preparado el hueco para el microfilme, las mitades fueron unidas hábilmente.

—¿Cómo llegó la esmeralda a su poder? —preguntó Seyus.

Era un problema que le intrigaba sobremanera,

—¡Oh, la guardaba un amigo! —contestó Campo con acento voluble,

Seyus inspiró con fuerza. Volvió a mirar a Korbzan y éste hizo un rápido pestañeo de asentimiento.

Hubo un breve instante de silencio. Luego, Korbzan, velozmente, giró sobre sí mismo, empuñando una pistola lumínica.

Una maldición se escapó de sus labios al ver que Campo no estaba ya en el lugar en que había esperado hallarlo. Desesperadamente, buscó con la vista, pero en el mismo instante, una silbante lanza de fuego le traspasó el cuello.

Un inhumano gorgoteo se escapó de sus labios. Korbzan se tambaleó y giró un poco hacia su izquierda.

Todavía tenía la pistola en la mano. Una súbita convulsión le hizo apretar el gatillo.

Se oyó un espantoso alarido. La descarga lumínica había alcanzado a Seyus de lleno.

Los dos hombres se desplomaron. Campo hizo voltear el bastón en el aire y luego se acercó a la mesa donde estaba el peto.

Al lado había un saco de tela muy suave. Guardó el peto y las gemas y ya se disponía a marcharse cuando, de pronto, su vista pasó a través de la ventana.

Un hombre cubierto de pieles entraba en la terraza en aquel preciso instante. Campo pensó que resultaría interesante ser testigo de la entrevista de Yautu con Mywus.

* * *

Mywus tenía al lado un pequeño emisor de noticias, las que escuchaba

indiferentemente mientras cenaba, De pronto, el locutor dijo:

—Lady Vessa Pránor ha hecho declaraciones a los medios informativos. La ilustre dama ha dicho que, aunque la decisión del Gran Consejo sea favorable a la instalación en Szawoo de la estación espacial de empalme, ella, en virtud de sus derechos, rechazará cumplir la decisión. Lady Vessa asegura que desea preservar la paz que reina en su planeta y que los beneficios que Szawoo recibiría no compensarían la pérdida de la tranquilidad que allí reina...

Mywus lanzó un rugido de rabia. Aquella noticia venía a ser como sal en una herida todavía fresca.

Aún no había podido digerir la derrota. Y sabía que todo cuanto hiciera sería ya inútil.

De pronto, percibió una presencia humana junto a la mesa.

Levantó la vista.

—Tú —dijo.

—Yo mismo —confirmó Yautu con amplia sonrisa.

Mywus simuló indiferencia.

—¿A qué has venido? —preguntó—. No puedo prestarte más dinero...

—Y mañana reclamarás la cancelación de mis débitos, ¿no es eso?

—¿Cómo lo sabes?

—Es bien sencillo. Mañana se reúne el Gran Consejo para deliberar sobre el cambio de emplazamiento de la estación espacial de empalme. Grossford X se quedará deshabitado al perder su importancia estratégica.

—Todavía no se ha acordado nada...

—Está prácticamente resuelto. Se sabe que lady Vessa se negará a que Szawoo se convierta en lo que hoy es Grossford X, pero el Gran Consejo tiene otro planeta en reserva. La extensión de las espaciolíneas ha hecho que Grossford X pierda toda tu importancia. Estás listo, Mywus.

—Jubou será para mí —dijo Mywus en tono indiferente,

—Es probable, pero no vayas nunca por allí. Mis «lobas» te comerían y no a besos.

—Anda, lárgate ya —repuso Mywus despreciativamente—. Nunca debí haber confiado en ti...

—Por eso intentaste comprar Szawoo, ¿verdad? El gran consejero Hyrms te había tenido al corriente de todo lo que iba a pasar. Pero tus planes han fracasado miserablemente y yo voy a reír durante el resto de mis días créeme. Cada vez que piense en tu ruina, soltaré una enorme carcajada, te lo aseguro.

Tranquilamente, sin mostrar nerviosismo, Mywus levantó una servilleta y sacó una pistola con la que apuntó a su visitante.

—Tus días están contados —dijo—. Éste es el último de tu existencia,

Pero no había contado con la velocidad de movimientos de Yautu. El

«Lobo» pegó un tremendo puntapié a la mesa, que saltó por los aires, derribando a Mywus.

Se oyó un terrible chillido. Yautu saltó sobre Mywus, que no había dejado el arma y lo agarró por el cuello y una pierna, lanzándolo con todas sus fuerzas contra el parapeto de la terraza.

Sonó un fragoroso estruendo. El parapeto voló en pedazos, en una extensión de cuatro o cinco metros, destruido por el impacto de un cuerpo que pesaba más de ciento treinta kilos.

El estrépito ahogó los gritos de Mywus, Envuelto en los escombros, Mywus emprendió el descenso hacia la calle, situada a veinte pisos más abajo.

—Una bonita demostración de fuerza —comentó el abogado.

Yautu se volvió rápidamente hacia él.

—¡Cuidado! —advirtió.

Campo se echó a reír.

—No temas —dijo—. Declararé en tu favor, Yautu. Has actuado en legítima defensa.

* * *

Campo llegó al hotel y se sorprendió de no encontrar allí a Jim. Empezó a preparar su equipaje. Vessa ya tenía el peto en su poder.

La puerta se abrió de súbito y un tropel de chicas vestidas con pieles entró alborotadamente en la estancia.

—¡Eh! ¿Qué diablos es esto? —gritó Campo.

Las «lobas» se le arrojaron encima. Maora le miró con ojos brillantes y dijo:

—Cumplimos órdenes, Earl. ¡Arriba con él, muchachas!

Una docena de fornidos brazos femeninos le izaron en peso. Campo salió horizontal de la habitación.

Gritaba y perneaba frenéticamente, pero las «lobas» no le hacían el menor caso.

La extraña comitiva atravesó la ciudad, en medio de la expectación de las gentes. Sin dejar de correr las «lobas» llegaron al astropuerto y se dirigieron hacia una astronave, en uno de cuyos costados se veía una «V» de grandes dimensiones, pintada con oro.

La escotilla estaba abierta. Doce brazos proyectaron al abogado a través del hueco. Campo resbaló y se detuvo a los pies de Vessa.

La joven le miró sonriendo. Estaba erguida, las manos en los costados y los pies ligeramente separados. Llevaba puesto el peto y el resto de su indumentaria eran unos pantalones muy cortos y botas de piel blanca, de media caña,

—Bien venido a bordo, abogado —saludó.

Campo se sentó en el suelo.

—Pero ¿qué diablos...?

—Yautu vino a despedirse de mí y yo le pedí un favor —explicó Vessa sucintamente.

—Pero no has contado conmigo.

—Si no contase contigo, no le habría pedido el favor a Yautu —sonrió Vessa.

—Ah, ¿con que piensas que voy a ir contigo a Szawoo?

Los ojos de la joven brillaban extrañamente.

—Sí —contestó.

Campo se puso en pie.

—Esto es un secuestro —protestó.

Vessa se le acercó, desafiante.

—¿Vas a demandarme? —preguntó—. En tal caso estoy dispuesta a responder de mis actos.

—¿Con qué? —preguntó él.

—Conmigo.

—Pero...

Los brazos de Vessa se enroscaron en torno al cuello masculino.

—Te ordeno que vengas conmigo a Szawoo —dijo. Suspiró y agregó —: Una vez allí, tú podrás darme órdenes, querido.

Campo sonrió.

—Veo que quieres que me tome unas vacaciones en tu planeta —dijo.

—Y serán muy largas, muy largas... —profetizó Vessa.

Al abogado no le cabía ya duda de que ella tenía toda la razón.

FIN

BOLSILIBROS TORAY





TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



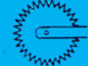
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.